

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 49.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Incendio de un bosque americano; grabado. — **Intrigas de aldea.** — **Revista de Madrid.** — **Un golpe en vago.** — **Excursion pintoresca á la Córcega;** grabados. — **Historia de la semana.** — **El bueno y el mal ladrón.** — **Inauguración del lord Maire (Alcalde de Londres.)** — **Sitio imperial de Fontainebleau;** grabados. — **La Estrella de la Mañana.** — **Trajes de Roma;** grabados. — **El 4 de julio en Boston.** — **Revista de la moda.** — **Pizarras de Francia y del país de Gales;** grabado.

Incendio de un bosque americano.

Los periódicos de Nueva-York que hemos recibido por el último correo vienen llenos de pormenores so-

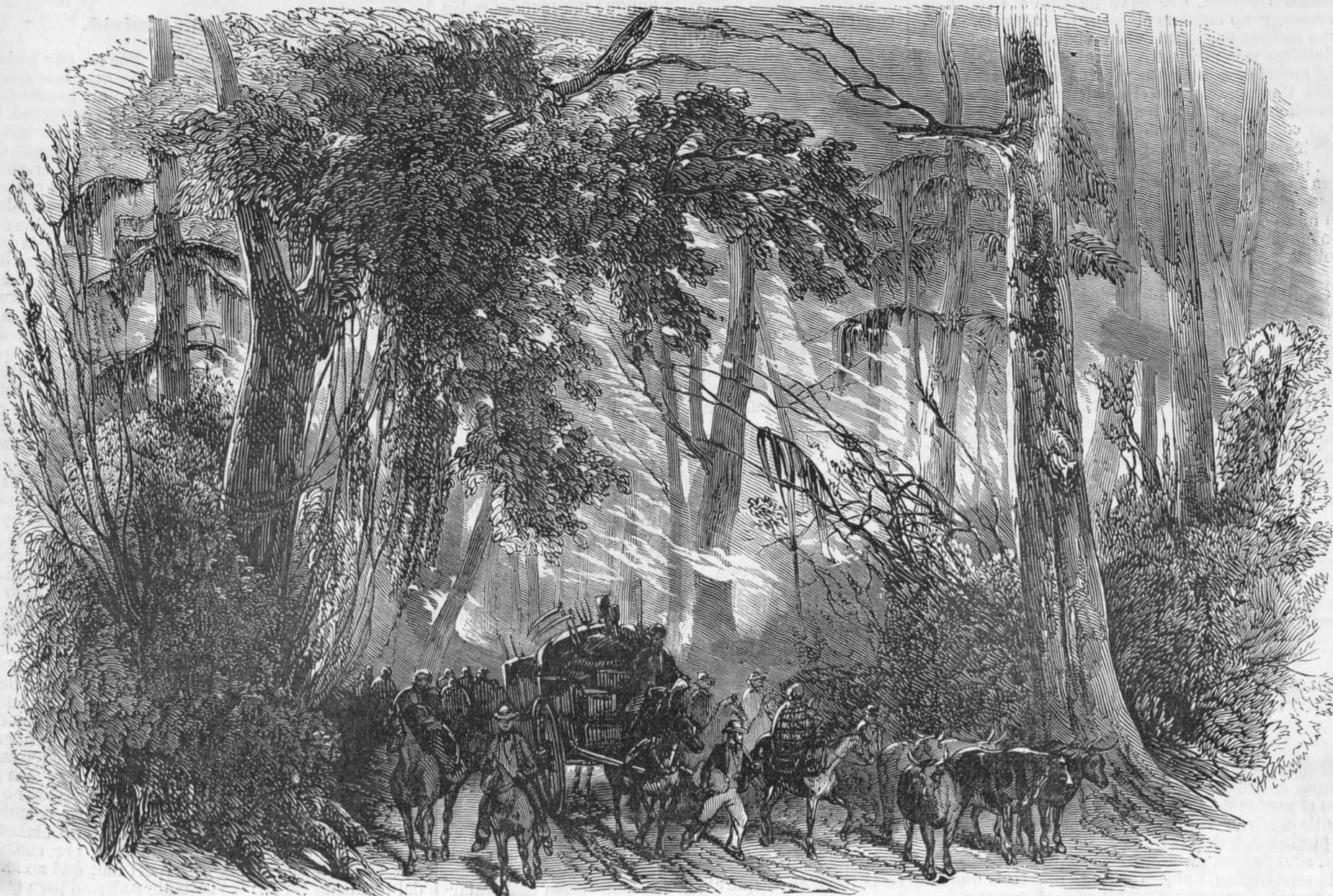
bre un horroroso incendio ocurrido en octubre último en los bosques y pantanos del estado de Michigan, incendio que duró mas de quince dias. El grabado que acompaña á estas líneas dará á nuestros lectores una idea de ese desastre que sembró la desolacion y el espanto en las poblaciones vecinas. De hora en hora emigraban de los pueblos familias enteras, cuyas habitaciones habian sido destruidas por las llamas. El 10 que fué el dia en que se declaró el incendio, el fuego corria entre los árboles con una espantosa rapidez; impelidas por el viento, las chispas volando en el espacio caian á largas distancias y propagaban la fatal hoguera en una circunferencia inmensa; en aquel brasero infernal, las ramas de los árboles se torcian con chasquidos infinitos que parecian el ruido de un ejército batiéndose á fuego granado. Desde el dia 10 habian quedado enteramente consumidas diez mil acres de bosques, así como todas las habitaciones que habia en ese grande espacio de terreno. Todo al rededor del monte no se veia mas

que humo. El ferro-carril de Pontiac se hallaba obstruido por los troncos de los árboles medio abrasados que impedian la marcha de los trenes. Hasta ahora no es posible calcular los daños que ha causado este incendio terrible; una lluvia poco abundante habia sobrevenido el 21, y se deseaba su continuacion, pues de otro modo el fuego podia llegar hasta otras poblaciones mas considerables que las desgraciadas aldeas que fueron presa de las llamas desde el primer momento.

Intrigas de aldea.

II.

Dije en el capítulo anterior de este cuento, que Arganda no puede compararse con las famosas capitales



Incendio de un bosque de Michigan, en los Estados- Unidos

de París y Londres, y no carecía de objeto la observación. Efectivamente, si el regidor de Arganda, para cortar las relaciones de Andrés con su hija, hubiera vivido en estas grandes ciudades, podía haber ocultado á Clotilde de modo que su temerario amante no volviera á saber de ella; pero ¿qué podía hacer en un pueblo de cuatrocientos vecinos? Sin mas que recurrir á las proporciones de las cantidades consideradas en sus dimensiones, se deduce aproximativamente que un cuerpo humano es á un pueblo como el de Arganda lo que el cuartel de los Inválidos á la ciudad de París, y por consecuencia puede sostenerse que esconder á Clotilde en Arganda sería tan difícil como ocultar en París el voluminoso cuartel de Inválidos cuya cúpula se divide en el horizonte á muchas leguas de distancia.

Sin embargo, gracias al sigilo observado por el regidor Perico, y tambien al cuidado con que sus parientes se prestaron á complacerle, nuestro buen Andrés llegó á pensar que su amada prenda no estaba en Arganda, cuyas calles recorría durante la noche cantando aquellas rondeñas propias del país que hubieran hecho á Clotilde abandonar el sueño, saltar de un brinco á la ventana, y cortar con el encanto de sus amorosas pláticas las tristes endechas del rústico trovador. Esto le hizo pensar que el regidor había llevado á su hija á alguno de los pueblos inmediatos. Pero Andrés recorrió con su guitarra todos estos pueblos, desde Vacía-Madrid á Chinchón, y desde Ajalvir á Perales de Tajuña, obteniendo siempre el silencio por contestación á sus sentidas trovas, y llegando ya á pensar que Clotilde había sido trasplantada, por decirlo así, á Alcalá de Henares ó á la Corte, de modo que si no renunció á sus investigaciones, al ménos desmayó tanto, que las abandonó por algún tiempo.

— Yo sé, decía para sí el buen Andrés, que las mujeres en el caso de Clotilde despliegan un talento maravilloso para romper el secreto de su prision. ¿Cómo Clotilde no habrá hecho en esta ocasión lo que hacen todas? ¡Pobre muchacha! Estará vigilada continuamente.

Después cruzó como un relámpago por su mente la sinestra idea de que su amada le hubiese olvidado; pero pronto trató de desvanecer él mismo esta idea desgarradora. Y mientras el buen Andrés se entregaba á tan dolorosas meditaciones, la fiel Clotilde daba en efecto muestras del talento que las mujeres despliegan en tan apuradas situaciones.

Ahora conviene decir que Clotilde no había salido de Arganda; que vivía con una tia suya, la dueña mas impertinente y experta que la disciplina paternal haya elegido nunca para sujetar los impulsos amorosos de una doncella, y al mismo tiempo la mujer mas diplomática para llegar por tortuosas veredas al fin apetecido. Había esta mujer comprendido que una pasión exige un procedimiento homeopático, esto es, que solo podía curarse con otra pasión, no perdiendo de vista que la segunda debía ser semejante á la primera por aquello del *similia similibus*, que sirve de base al sistema de Hanneman, y no emplear el *contraria contrariis*, mandado ya recoger por inútil, y en virtud de cuyo principio hubiera sido necesario sustituir la pasión del odio á la del amor, cosa bastante rara en la historia de las pasiones. Una vez adoptado el plan curativo, procedió á su aplicación, sin dar parte de lo que pensaba hacer á nadie, y contando solamente con el auxilio del que debía servir de médico, ó por mejor decir, de remedio. Llamó, pues, á Simplicio, y le suplicó que sin decir una palabra á nadie de lo que iban á hacer de comun acuerdo, fuese todas las noches á su casa de tertulia, cosa que el hijo del alcalde aceptó de buena voluntad, sabiendo que la reunión estaría reducida á Clotilde, la tia de Clotilde y él, que aspiraba á ser marido de Clotilde.

No es difícil adivinar el objeto de la dueña. Una muchacha encerrada día y noche entre cuatro paredes que apenas dejan suficiente espacio para dar un paseo de cuatro varas de longitud, debe anhelar vivamente la compañía, no digo yo de una persona, sino de un oso, y como ya dice el adagio que el trato enjendra el cariño, concluyó de aquí que Clotilde empezando por agradecer la compañía de Simplicio, acabaría por amarle con aquel amor que Pouponneta profesa á Brócoli en las *Siete maravillas del mundo*:

*Le matelot est épris de la brise,
J' l'aim' plus que ça.
Les p'tits lapins aiment l'herbe qui frise,
J' l'aim' plus que ça, etc.*

versos que me permitiré traducir con mi acostumbrada libertad, del modo siguiente:

Ama la brisa la naval caterva,
Mas que eso te amo yo;
Pírranse los conejos por la yerba,
Mas que eso te amo yo, etc.

En el caso probable de que Clotilde aceptase el bárbaro amor de Simplicio, el golpe de la tia debía rasonar en todo el pueblo de Arganda y sotos vecinos, porque desmentir el refrán vulgar de que guardar á una mujer no puede ser, y devolverla á su padre no solo convertida, sino deseosa de aceptar las proposiciones que antes la repugnaban, hubiera probado mas labia que la que ha tenido el príncipe Mentchikoff para arreglar las cuestiones religiosas entre la Rusia y la Turquía.

Entró, pues, el bueno de Simplicio en casa de la señora Mónica, que este era el nombre de la tia, y tuvo el placer de pasar la primera noche al lado de Clotilde, con la pesadumbre de ver que esta no respondiese á ninguna de sus palabras, ni siquiera con un monosílabo, cosa que pudo desalentar á un joven inexperto, pero no á la señora Mónica cuya experiencia y talento hubieran hecho prodigios en mayor escala. En efecto, por aquello de que poquito á poco hilaba la vieja el copo, el pobre Simplicio pudo observar bien pronto que en cada visita ganaba un palmo de terreno, pues la jóven que no se dignó escucharle la primera noche, le habló la segunda, aunque solo para decir no, le saludó á su entrada en la tercera, conversó largamente con él la cuarta, y aprovechando un descuido de la señora Mónica, le dió la quinta noche una cita. ¿Sería sincera esta cita de la jóven cuyo amor al desventurado Andrés parecía tan arraigado? Luego lo veremos. Entretanto debemos sospechar que en un pueblo donde nacen intrigantes como el alcalde, el regidor y la señora Mónica, una muchacha como Clotilde, criada al lado de tan hábiles preceptores, no debía ser enteramente extraña á los golpes estratégicos.

Despidióse Simplicio de su futura esposa y de su futura tia, contento de ver los progresos que iba haciendo, y á eso de la una de la noche acudió á la ventana que Clotilde le había designado. Si Simplicio se hubiera llamado Pepe, nunca se habría podido entonar con mas oportunidad que entónces esta seguidilla:

Los amores de Pepe
Van en aumento,
Bendido sea Pepe
Y su nacimiento.

Pero Simplicio no se llamaba Pepe por la sencilla razón de que se llamaba Simplicio, y no le cuadraba la seguidilla por la simple razón de que no se llamaba Pepe. Hagan Vds. cuenta de que no han leído la tal seguidilla y presten atención si gustan al primer diálogo de la primera cita.

— Buenas noches, amada prenda, dijo el inspirado galán, que seguramente necesitaba estar muy inspirado cuando decía siquiera una vulgaridad.

— Buenas noches, Simplicio, contestó secamente la doncella.

— Bien podías haberme llamado amado Simplicio, continuo el individuo que llevaba este nombre.

— Eso consiste en que yo no quiero faltar á la verdad.

— Según eso no me amas.

— Ni hubieras debido sospecharlo.

— Pues entónces ¿porqué me das una cita?

— Porque quiero hablarte de cosas que debe ignorar la señora Mónica. En primer lugar quiero pedirte un favor.

— Estoy pronto á servirte aunque me mandes rodar como una bola.

— Pues bien, dijo Clotilde, hazme el obsequio de decir á Andrés que estoy en esta casa, y que puede hablarme todas las noches á esta misma hora en este mismo sitio.

Quedóse Simplicio como quien ve visiones al oír tan extraña proposición. Permaneció un momento pensativo estudiando la respuesta, y habló después de haber meditado bien del modo siguiente:

— Es imposible que yo haga lo que me mandas.

— ¿Porqué? preguntó Clotilde.

— Porque aunque me tienes por tonto, debes saber que ningún tonto tira piedras á su tejado.

— Sin embargo, continuó Clotilde, ¿es verdad que me amas?

— Desafortadamente.

— En ese caso debes hacer todo lo que yo te mande.

— Según y conforme.

— Debes complacerme en todo.

— Con tal de no complacer á mi rival tambien.

— Como quiera que sea, tu obediencia ciega es la única cosa que puede darte algun lugar en mi estimación.

— Yo bien quisiera, si eso pudiera ser, pero... es imposible.

— Basta.

Y la jóven dió á su galán con la ventana en los hocicos. Simplicio quedó atónito un instante y dió luego un golpecito á la ventana donde volvió á presentarse Clotilde.

— Y bien... dijo esta.

— Lo pensaré, contestó Simplicio.

En este momento pasaba por aquella calle el alcalde, el padre de Simplicio, quien al ver un hombre parado á la ventana donde vivía Clotilde, creyó que aquel hombre sería Andrés. Procuró hacer el menor ruido posible, aplicó el oído como deseando saber algo, y oyó estas últimas palabras del diálogo:

— Entre tanto, continuó Simplicio, ¿me permitirás hablarte mañana á esta misma hora en este mismo sitio?

— Con mucho gusto, dijo Clotilde.

— Pues, á Dios y hasta mañana.

— Hasta mañana.

Bien hubiera el alcalde abusando de su autoridad al ver lo que pasaba, pero le contuvo la idea de ser parte harto interesada en el asunto, y se fué á acostar pensando en la intriga con que al día siguiente debía desbaratar los planes de Andrés y de Clotilde, sin saber que el sujeto á quien confundía con Andrés era su hijo. Leván-

tóse muy temprano, llamó á dos de sus criados y les dirigió la palabra en estos términos:

— Ea, muchachos, es menester que esta noche me hagais un favor.

— Lo que Vd. mande, señor alcalde.

— A la una de la noche habeis de dirigiros á la calle de.... armados de sendos garrotes. Allí veréis un hombre parado á la ventana de la casa de.... os acercaréis sin que os sientan las moscas y sacudiréis á este hombre una paliza de las buenas que se acostumbra en Arganda.

— Pierda Vd. cuidado, señor alcalde.

Llegó, en efecto, la consabida hora; presentáronse los criados del alcalde con sus garrotes en el sitio indicado; acercóse Simplicio sin saber lo que le esperaba á la ventana de Clotilde, y antes de recibir las buenas noches de su prenda, empezó á recibir tal carga de leña en las espaldas, que gritó como un desesperado.

— ¡Compasión! ¡socorro! ¡qué me matan!!!

Y no fueron inútiles sus clamores. La casualidad quiso que Andrés se encontrase á tales horas en aquellas cercanías, y este bizarro jóven acudió al sitio de la refriega, logrando poner en precipitada fuga á los agresores é impidiendo que acabasen de matar al pobre Simplicio. En premio de su hazaña tuvo el gusto de averiguar el paradero de Clotilde; para que se vea que en este mundo rara vez las buenas obras quedan sin recompensa.

No contento con esto ayudó á Simplicio á llegar á su casa donde el alcalde recibió la desagradable sorpresa consiguiente á su fatal intriga, y no paró aquí su desgracia, sino que seguro Andrés del paso legal que ya podía dar contando con la voluntad de su amada cuya voluntad conocía, imploró el auxilio del mismo alcalde para depositar á Clotilde en otra casa decidido á casarse con ella. El intrigante señor Alfonso, después de proporcionar tan atroz paliza á su hijo, tuvo que acceder á los deseos de Andrés que dió en esta ocasión un golpe maestro.

— Dónde quiere Vd. que depositemos á esta señorita, dijo el alcalde sacando á Clotilde del poder de la señora Mónica.

— En casa de su padre, contestó Andrés, con gran sorpresa y admiración de toda la gente de Arganda.

Sin embargo el pobre Andrés debía gozar poco tiempo de su triunfo. El mismo día en que puso á su futura bajo el amparo de la ley y la salvaguardia de sus padres, se recibió en Arganda la noticia de haberse decretado una quinta de veinticinco mil hombres, de los cuales tocaba un soldado al pueblo de Arganda donde no había mas mozos útiles que el mismo Andrés y el indicado Simplicio.

J. M. VILLER GAS.

Revista de Madrid.

Un célebre escritor ha dicho que no hay nada tan difícil como estudiar y conocer lo que tenemos mas cerca de nosotros. Esta idea, que en un pronto parece falsa, tiene sin embargo un gran fondo de verdad. Para que el ánimo se impresione, necesitan todas las cosas ciertas condiciones de perspectiva. Nunca puede verse ménos un monumento que cuando se está encima de él. Se aprecian los detalles, pero se pierde el conjunto, ó lo que es lo mismo, lo que constituye su individualidad. Lo que se llama golpe de vista, es realmente la justa apreciación de las cosas. El golpe de vista que se echa sobre un objeto es el que da la perfecta idea de su unidad. Luego el estudio detenido analiza los miembros aislados del objeto que proponemos á nuestra investigación; pero estos miembros, sin el gran lazo de la impresión general, no dan nunca una cabal idea de la cosa. Es preciso que el individuo viva, que la máquina funcione, que el monumento se observe en su conjunto, para que, puestas en contacto unas partes con otras, modificadas todas ellas á la vez en sus recíprocas relaciones, armonizadas en fin, resulte el completo sentido de su identidad. Esto es lo que no se puede estudiar de cerca mas que con una vista muy perspicua y con un talento sintético y profundo. La verdad de nuestras observaciones resalta en la simple observación de un cuadro histórico, cualquiera que éste sea. Apenas hay período en la historia del cual el ánimo no se dé una idea general, y cuya influencia é importancia no aprecie. Parémonos ahora, por el contrario, á echar una mirada sobre nosotros y sobre nuestra época. ¿Qué es lo que vemos en ella? Individuos que se mueven, cosas que se agitan, acontecimientos aislados, todo, en fin, suelto y sin la menor relación visible. Y sin embargo, por encima de esta multitud de hombres y de acontecimientos, hay leyes generales que los reúnen y los relacionan; pero estas leyes generales, que son el espíritu y la esencia de nuestra historia, se pierden para nosotros. Los objetos mas cercanos nos tapan la vista, interponiéndose entre los órganos de nuestra visión intelectual y los casos mas distantes de la vida. Hay mas aun en comprobación de nuestro acerto. Las cosas no son inertes, y los sucesos no pasan mudos por delante de nosotros. Levantan, al contrario, un general clamoreo, y cada uno de ellos pretende absorber por completo nuestra atención. ¿Qué pasión del día, qué accidente del momento no se cree bastante poderoso para que le consagremos nuestros enteros cuidados? El llanto de uno que padece, ó la risa de otro que goza, son bastante

egoístas para creer que deben hacernos llorar ó reír eternamente. Y sin embargo, aquel dolor ó aquel placer no son mas que insignificantes accesorios al lado de las grandes tribulaciones ó las generales alegrías de la sociedad. ¿Cómo dar, pues, á nuestro corazón una fibra bastante fuerte para resistirse y negarse á la simpatía? ¿Cómo hacer que el llanto ó la risa que suenan en nuestros oídos nos encuentren fríos ó insensibles como la piedra? ¿Qué fuerza de voluntad no se necesita para sobreponerse á la afección transitoria, y mirar desde la altura del hecho social lo que realmente merece la adhesión absoluta de nuestra alma? Es preciso que uno se esté siempre diciendo cuando llama sin afecto á las puertas de su corazón: espera, dolor ó alegría, que quiero ver si usurpas á las verdaderas desgracias el disfraz que te vistes. No reclames ni simpatía hasta saber si eres digno de ella ó si debo guardar las fuerzas de mi alma para asociarme á otras mas grandes catástrofes y otros mas trascendentales y mas memorables hechos. ¡Ahora bien! ¿quién es el que cuenta con ese temple heroico de alma? ¿Quién es el que se puede partir en dos para decir al corazón: es preciso pensar, y al pensamiento: es preciso sentir? ¿Quién podrá establecer esa simultaneidad de actos dentro de nosotros mismos que nos haga imparciales y nos dé la justa medida de lo que debemos ser y lo que debemos obrar? He aquí bosquejadas en breves trazos las grandes dificultades de escribir sobre los hechos cuando suceden, y de juzgar de las cosas cuando pasan. El autor que antes citamos tenía razón de decir que no hay nada mas difícil de estudiar que lo que mas cerca tenemos, y lo que mas relacionado encontramos con nuestra existencia.

Contad, pues, amados lectores, ¡qué trabajo no será el del escritor de *Revistas* que escribe dia por dia y que bosqueja hoy lo que sucedió ayer, y á las veces sigue con su pluma las peripecias del drama que está empezando, y coge los sucesos cuando aun no han acabado de producirse! Eso de prestar oído á los mil rumores de la sociedad, eso de atender á las mil pequeñeces de la vida, eso de estar á la vez en el teatro y en la calle, en el hogar doméstico y en la plaza pública, en las grandes reuniones y en los consejos privados de familia, en las agonías generales y en las angustias privadas; esa múltiple tarea de asistir á todo y á nada, de no dar mas importancia á una cosa que á otra, y de juzgarlo todo de ligero, estando siempre prevenidos contra nosotros mismos para librarnos de que un afecto nos embargue ó un grande acontecimiento nos apasione, eso, amados lectores, es una empresa difícil que excede á todo encomio. Y luego es preciso dar unidad á toda esa divergencia, y relacion á todo ese desbarajuste, y comunicar calor al escrito sin sentido, y agrandar con lo que nos fastidia, y entretener con lo que es nuestra desesperación! ¡Y entre tantos errores y tantas ideas es preciso dar con lo cierto y buscar la verdad en ese caos, y ser lógico con lo que está falto de acuerdo, y hacer un todo con lo que encontramos tan desunido! ¡Y luego viene el acontecimiento de hoy á desmentir el de ayer, y el de mañana á desmentir el de hoy, y el juicio que hace un momento formulamos rectifica un suceso posterior, y siempre se está en la misma vacilación y en la misma duda! Confesémoslo pues: el trabajo que empezamos es penoso hasta la agonía y difícil hasta lo imposible. Sin embargo, estamos empeñados en él, y de un modo ú otro, esperen nuestros lectores una Revista mensual que de nuestros hombres y nuestras cosas les prometemos, y en la cual trataremos de bosquejar ligeros cuadros de la vida de Madrid, tal como nos los haga aparecer la impresión del momento, y sin pedir á nuestro juicio mas de lo que buenamente puede dar.

Después de ponderar las dificultades de nuestro trabajo, no será malo decir algo sobre sus ventajas, que algunas tiene, como todas las cosas del mundo, y aunque difícil, no es tarea inútil la nuestra. Antes creemos tener datos para convencer á nuestros lectores de que, una vez vencidas las dificultades del asunto, hay pocos que le excedan en utilidad y conveniencia.

Preciso es confesar que la historia moderna es de suyo muy complicada. Actualmente todo vive y no hay individuo en la sociedad que no se crea con derecho á reclamar un puesto en los anales de las naciones. En la antigüedad no tenían vida histórica mas que los reyes y los héroes. Hoy, por el contrario, han entrado á esa participación de gloria todas las clases de la sociedad. Del juego de tantos individuos debe resultar confusión, siendo muy difícil, entre tan innumerables pretensiones, saber discernir la justa de la injusta, y poder escoger el hecho que debe figurar y el que se debe condenar al olvido. Ya ántes dijimos que á esta natural dificultad se añade la no menos grande de tener que juzgar los hechos cuando apenas se producen, y los hombres cuando aun viven.

Réstanos ahora tocar otro punto mas culminante, cual es el de lo mucho que pone la pasión en los juicios de la historia. En la lucha de la sociedad, en ese continuo movimiento de los espíritus en que van envueltos los intereses de las personas, apenas hay acontecimiento al cual no estemos ligados por algun secreto lazo de simpatía y al que no tengamos cariño ó aversión. En esa referencia eterna de todos los hechos sociales al interés del individuo, apenas dejamos pasar un acontecimiento sin que examinémos la conveniencia ó inconveniencia que puede ofrecer, mirados desde el punto de vista de nuestro interés. ¿Qué cambio ó qué trastorno no nos toca á nosotros ó á nuestras afecciones? ¿Qué triunfo cantamos ó qué suceso condenamos á la reprobación que mas ó ménos directamente no lisonjee

nuestro amor propio ó ataque nuestro egoísmo? El corazón prevenido ya contra las expansiones espontáneas, apenas funciona mas que al arbitrio de la voluntad. Cuando esta se decide al vituperio ó al aplauso, ya ha pesado el pro y el contra de la cuestión. Aunque todos esos actos son casi simultáneos en la apariencia, no pasan nunca sin que se hayan sucedido uno á otro y por su orden dentro de nuestro aparato intelectual. De aquí todos esos juicios temerarios y todas esas opiniones erróneas. El que las sustenta cree á las veces hacerlo imparcialmente; pero se engaña á sí mismo y es víctima de su propia obcecación. Si penetrase el fondo de su alma y viese atentamente como funcionan los resortes de su voluntad, observaría que esta, dominada del egoísmo, se decide solamente en fuerza de un convencimiento lleno de la propia conveniencia. Lo mismo que se califica de entusiasmo, no es otra cosa que el propio interés disfrazado con los colores de la pasión. Antes de decidirse el alma ha obrado la inteligencia, solamente que en esos grandes arrebatos de los pueblos ó de los hombres, se oculta discretamente el interés que ha sido el que ha comunicado el impulso. Sabe uno que se le tacha de egoísta y que se reprueban sus cálculos. He aquí porque no da la cara cuando le conviene, dejando solo que se produzcan las pasiones que él ha fomentado. Si pudiera quitarse la máscara á todas esas ovaciones públicas y á todas esas grandes demostraciones de reprobación, ¡cuántos elementos despreciables se encontrarían en ellas! Solamente en medio del calor de la efervescencia pública, y en lo que bien puede llamarse la embriaguez del alma, se debe conceder que por momentos obra esta espontáneamente y de su cuenta y riesgo. Es un caballo que va al certamen y que pasa los límites que los jueces del campo le tenían prescritos. Ha perdido la conciencia de sus actos, y de aquí que se olvide de saldar las cuentas con su propio interés. Correrá desbocado, y se estrellará con el primer obstáculo que encuentre; pero es porque ha salido de las condiciones ordinarias de su organización.

Dado, pues, por supuesto que los intereses humanos malean y enturbian las fuentes de la verdad, probamos con esto las excelencias de nuestro trabajo que por su índole superficial y ligera se libra de toda influencia y se mantiene al abrigo de toda pasión. Nuestros cuadros históricos, pues que tambien nos proponemos hacer la historia, saldrán á luz sin la menor alteración y tal como se reproduzcan en el aparato fotográfico de nuestra inteligencia. Colocad esta en disposición de recibir convenientemente los rayos solares, dejaremos á estos que reproduzcan los objetos como son en sí y sin mas alteración que la que imprima su propia movilidad. Así, por ejemplo, sucederá que un día demos como consumado un hecho que al siguiente tengamos que desmentir. Pero esta falta estará en el mismo hecho, que no habrá sido persistente y que no habrá estado expuesto el tiempo que se necesitaba para reproducirlo con toda verdad. Acontecimiento que empezará con unos lineamientos, pasará á tener luego otros muy distintos, como sucede á la fisonomía que se mueve delante de la cámara oscura en que ha de fijarse. Nosotros seremos impasibles é inamovibles: quedará, pues, á cargo de las cosas el que las describamos como son ó al ménos como aparecen.

Decíamos ántes que nosotros estabamos libres de esas interesadas influencias que malean la historia. Y en efecto, ¿quién ha de venir á conquistarnos ó á influirnos sabiendo cual es nuestro humilde encargo y hasta que punto son modestas nuestras pretensiones? Nuestro trabajo se reduce á hacer de muchas cosas pequeñas una grande, y de muchos acontecimientos sin importancia el importante acontecimiento de entretener una hora á nuestros lectores. A nadie agravaremos, ni á ninguna clase social trataremos de ajar. Diremos la verdad sin esfuerzo ni sacrificio. No llevaremos nosotros las grandes piedras de sillería al monumento de la historia, sino los pequeños guijarros que quedan olvidados en la vía pública y en que nadie repara. De ellos no se hará la parte lucida y brillante del monumento; pero podrán formar parte de la fuerte argamasa con que se unan las mas grandes y mas bien talladas piedras. Nuestro papel es oscuro, pero no inútil. Llenaremos con nuestras relaciones muchos intersticios que dejarán en la fábrica de la historia otros mas graves escritores. Con nuestros cuadros ilustraremos la historia, sin hacerla realmente, y el que nos siga podrá estudiar en ellos muchos puntos que tal vez en ninguna otra parte serán atendidos. Vengan, pues, á nosotros todos esos pequeños sucesos que no caben en mas elevadas historias. Nosotros les daremos asilo, con tal de que aparezcan modestos y no impongan leyes á nuestra independencia. Al concluir nuestro trabajo queremos llevar la mano á nuestra conciencia, y poder decir, al ver que no hemos alcanzado ninguna gloria, y ántes tal vez que hemos comprometido la poca que por otros conceptos hubieramos alcanzado, algo parecido á lo que exclamó un rey, célebre en la historia, en el acto de una terrible derrota: Todo se ha perdido, ménos la buena reputación de imparciales y de verídicos.

Con esto damos fin á nuestro artículo de hoy, que no es mas que el proemio de los que le han de seguir, ó si se quiere el pórtico ó entrada de esa nueva Babel llamada *Revista*, donde se hablan todas las lenguas, caben todos los hombres, y se da abrigo á todos los acontecimientos sin preguntarles de donde vienen ni á donde van, y solamente exigiendo que tengan un poco de orgullo con que escalar el cielo de lo que se llama la inmortalidad.

RAMON DE SATORRES.

UN GOLPE EN VAGO.

Ya el triunfo de vuestras armas
En toda Cuba se sabe,
Y herido de negra envidia
Se agita Diego Velazquez.
Con mucho disgusto ha oído
Que yendo á buscar las naves
Os hayais vos apartado
De rendirle vasallaje.
Estando en esta comarca
Del rey por representante
Dicen que asaz ha sentido,
Y lo cuenta como ultraje,
Que de tantas regalías
Como en esta tierra os hacen
Hayas al César mandado
Un barco de vuestra parte
Henchido de barras de oro
Y de vistosos plumajes.
Por esto los enemigos
Que allá en Santiago dejasteis
De vuestra honradez murmuran
Con desenfado y coraje
Que diz que de ingratinidades
Habeis hecho siempre alarde.
Bien pudierais, buen Hernando,
Torcer el rumbo, si os place,
Para aplacar las hablillas
De esos hombres miserables
Que solo mueven las lenguas
Cuando no hay quien se las saque.

Yo bien sé que esa jornada
No os fuera del todo en valde,
Que conocer os importa
Un traidor de alto linaje,
Que con achaques de amigo
Os vendió como un alarbe.
No arrugéis, Hernán, el ceño,
Que aunque da honor al semblante,
Bien se ve que sois un mozo
Que habeis una alma de ángel.
Fuisteis incauto aquel dia
Que á Santiago abandonasteis,
Que allí el traidor se quedaba
Con vuestra ausencia gozándose
Al lado de Cataluña,
Al lado de vuestra amante,
Y ese traidor, os lo digo
Porque vuestro enojo estalle,
Es el mismo que hoy murmura
De veros aquí tan grande.

Alzóse Hernán de la silla
Sin dar muestra de alterarse,
Y al licenciado Juan Díaz
Así contestó arrogante:
« Porque vos me lo habeis dicho,
Y os doy las gracias, buen padre,
Sé que el triunfo de mis armas
En toda Cuba se sabe.

No me importa que envidioso
Se agite Diego Velazquez,
Ni me avergüenza que diga
Que suyas son esas naves;
Que si honores al rey debe
Bueno será que los pague.

Nunca á don Diego he jurado
Obediencia ni homenaje;
Solo al rey lo he prometido
Y al rey solo he de humillarme.

Por eso de los regalos
Que en esta tierra me hacen
Un barco henchido de oro
Vogando va por los mares.

Desprecio los enemigos
Que allá en Santiago me tachen,
Que murmurar por la espalda
Es oficio de cobardes,
Que no merecen la honra
De que sus lenguas les saque.

En cuanto al tenaz don Diego...
Dejad, por Dios, que aun no es tarde
Para probar que es de un tigre
Alma que juzgais de un ángel.

Por lo tanto, fraile honrado,
Dejad que los otros hablen,
Que es propio de hombres pequeños
Ocuparse de los grandes.

Y volviéndole la espalda
De la habitación se sale
A tratar de sus conquistas
Con los demás capitanes.

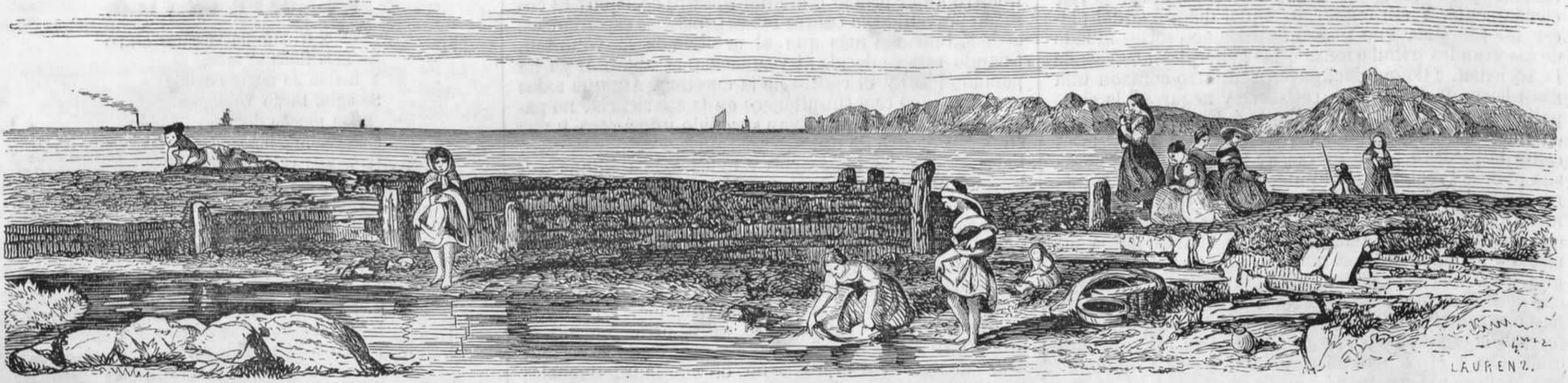
Entónces el licenciado
Toma papel y al instante
De lo que ocurrido habia
Mandó á don Diego un mensaje.

ANTONIO HURTADO.

Excursion pintoresca á la Córcega.

Primer artículo. — Preliminares. — Marsella.

Mucho se ha escrito ya en Francia sobre la isla de Córcega, tan interesante bajo muchos conceptos. Su



Las islas de If, tomadas de la embocadura del Huveaune.

historia, sus producciones, las costumbres excepcionales de sus habitantes, todo esto ha sido estudiado cuidadosamente por hombres celosos y capaces que han consignado después en obras conocidas el fruto de sus labores. El gobierno francés suministra hace mucho tiempo soldados y dinero, y envía comisiones científicas ó administrativas para mejorar la posición social é industrial de la Córcega. Pero si la espada del guerrero, la pluma del histo-

riador, las investigaciones del naturalista y los ensayos del industrial han salido adelante en sus objetos respectivos, en cambio el lápiz del artista no ha trabajado casi nada en Córcega, por lo cual es imposible hallar

ninguna imagen de los aspectos particulares de esa isla.

Quedaba pues por ejecutar una excursión artística para estudiar la parte pintoresca de ese hermoso país, para examinar si sus montañas y sus bosques, si sus habitantes y sus casas no tenían un carácter individual digno de ser representado con el lápiz, y este fué el objeto que me animó á emprender mi reciente viaje á la isla de Córcega.



Fisonomías de pasajeras, una rusa, otra inglesa, e italiana.



Casas turcas en Marsella.



Fisonomía de mujeres genovesas, mozas de cordel en Marsella.

Conocer un país por pequeño que sea de un modo completo, es una obra demasiado grande para un solo hombre; pero publicar lo que se ha visto es, aun tarea mas difícil. Así pues, es preciso limitarse á dar simplemente á luz lo que se ha recogido; otros siguen el ejemplo, poco á poco las imágenes se acumulan como los hechos, y lo desconocido se vuelve evidente para todo el mundo.

El orden y el método son cualidades muy recomendables, de las que sería imposible prescindir cuando hay que presentar un vasto conjunto de hechos ó de objetos. Por eso los naturalistas en la obligación de describir tantos animales, tantos vegetales y tantas piedras, tra-

taron de hallar ante todo buenos sistemas de clasificación; pero cuando se trabaja en mas modesta escala como á mí me sucede, no hay necesidad de recurrir á sistemas tan rigurosos. Yo tengo en mi cartera unos cincuenta dibujos sobre la Córcega, y solo pienso trasladar al papel, por medio del grabado estos dibujos, intercalados entre las notas que fui tomando al mismo tiempo que los diseños; á esto se limitan



Una isla de las Hyeres.

LAUBENZ



Un pinar de la campiña de Marsella.

todas mis pretensiones. Quizás se hallará algún desorden en mis impresiones de viaje, pero repito que no tengo la intención de hacer un libro.

Sali en busca de sitios pintorescos, y me aproveché de lo que pude, en las calles y en el silencio de los bosques, en la iglesia y en el teatro, en la mesa y en los carruajes; así después de haber pasado largo tiempo dibujando sin testigos los ángulos de una roca, me ponía á almorzar entre mucha gente, donde, si hallaba alguna figura digna de mi objeto, trataba de aprenderla de memoria, lo que no me es imposible, con la ayuda de algunas notas tomadas en un pedazo de papel á la ligera. Lo que un ojeo indiscreto y celoso debe tomar entonces por cifras de aritmética, no es otra cosa que una particularidad de la boca ó de la nariz, una posición de los párpados, etc. Así pude sustraer en Marsella las seis cabezas cuyo recuerdo ofrezco aquí como producto de mi destreza. La primera fué robada á la esquina de una calle en una muestra de retratos; imagen bastante poderosa y penetrante para fascinar el corazón y las miradas, y para obtener por consiguiente particular mención en los recuerdos de un viaje pintoresco. La cabeza colocada debajo es el retrato de una

jóven rusa de cabellos rubios y sedosos, lo que es muy raro; esta la copié en la mesa redonda de la fonda de los Emperadores, y en el mismo sitio ví á la última que representa una inglesa con un peinado romano.

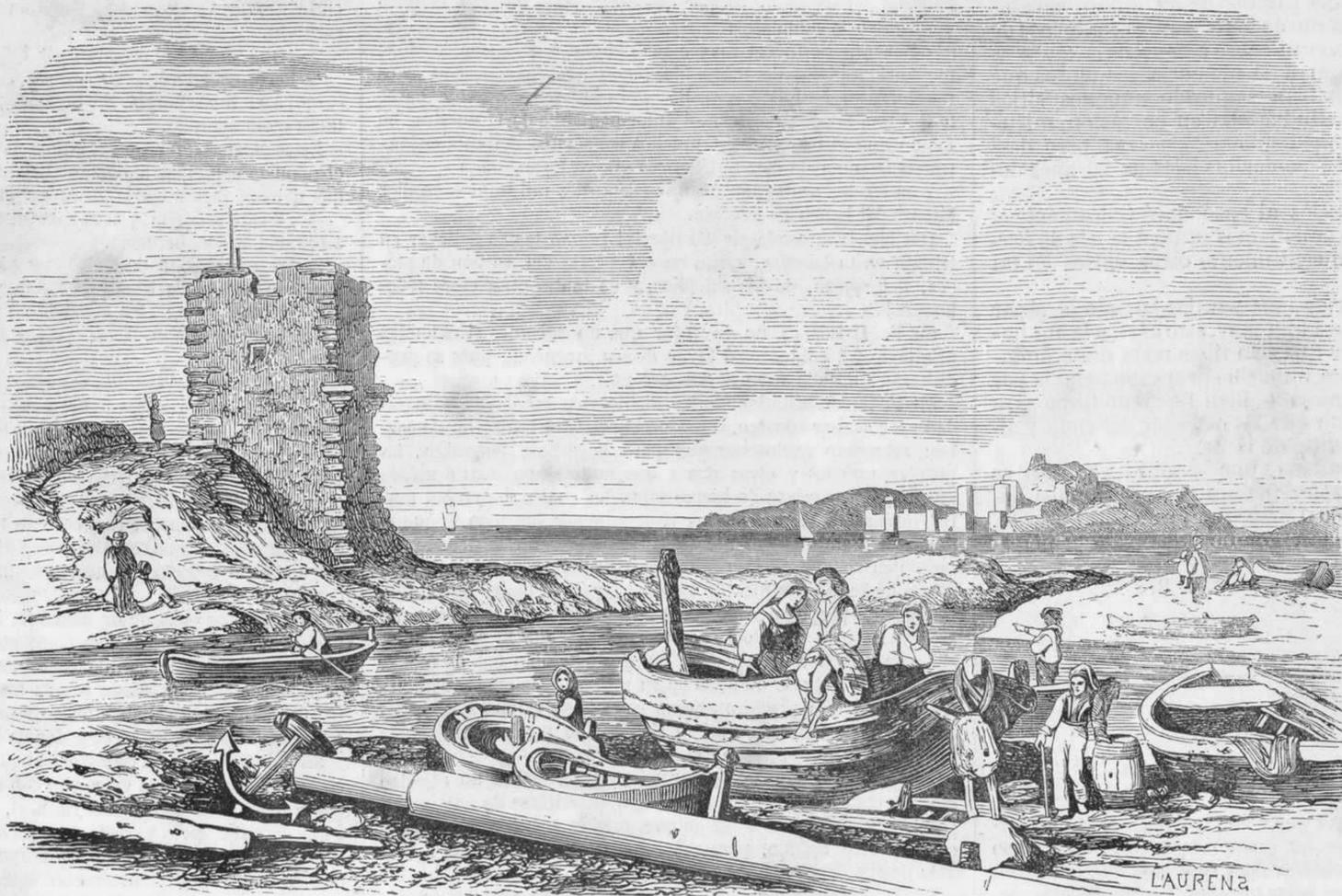
de cordel, cuadrillas enteras de esas genovesas, notables por su carácter de raza muy bien pronunciado, por cuyo motivo pertenecen enteramente al dominio del arte. No se me negará que la última cabeza no sea también notable por la hermosa disposición de sus bucles de cabellos. Este es un recuerdo dibujado en el teatro.

Quizás hago mal de detenerme en camino ante estas bonitas cabezas, cuando me propongo marchar á Córcega; pero puedo afirmar que al ver tanta hermosura, cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo.

Tampoco se ha detenido nadie en Marsella esperando el día y la hora de embarcarse, sin ir á visitar el Prado, paseo célebre por su longitud, por sus hermosos árboles y por las casas de recreo que tienen allí los comerciantes mas ricos de Marsella, donde van á pasar los domingos.

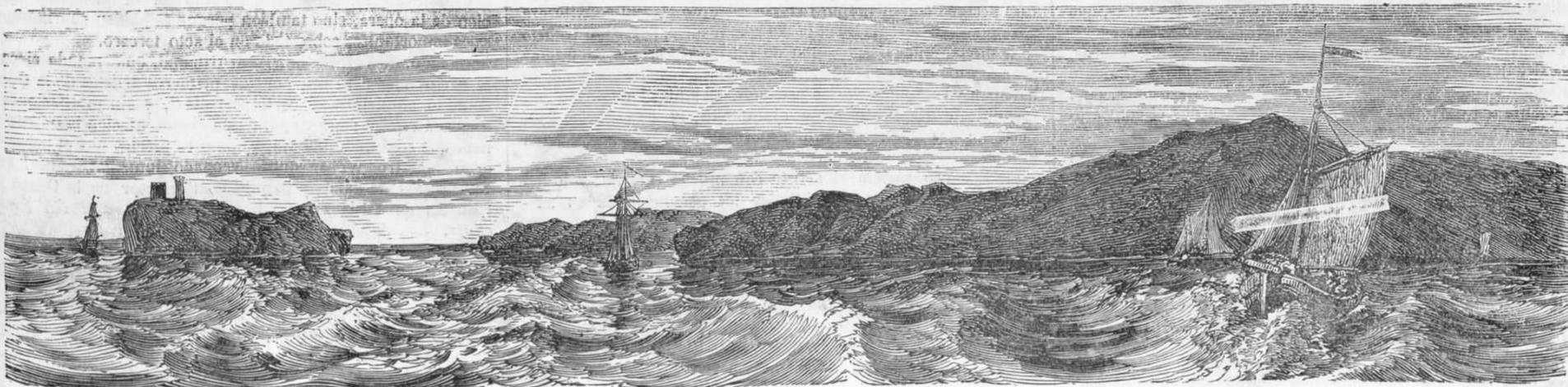
Pero la elegancia y la regularidad, cosas tan admiradas

por los buenos comerciantes, no ofrecen atractivo ninguno á los ojos del artista. Por eso dejé rápidamente detrás de mí una porción de jardines y de pabellones para llegar á orillas de la mar, llevando alternativamente mis miradas de las altas montañas del Este al gracioso grupo de las islas de If y de Pomegnés.



La ensenada de los Catalanes en Marsella.

Es el otro grupo la cabeza superior que recuerda las animadas cabezas de Pablo Veronés, fué copiada en un café; en medio de la calle, y en el momento de cargar un peso enorme sobre su cabeza pude fijar en mí á un recuerdo de la segunda. A cada paso se encuentran en Marsella ejerciendo el duro oficio de los mozos



Islote y torre de la Giraglia, en el cabo Corso.

En aquel hermoso horizonte resplandeciente de luz se destacaban grupos de mujeres que habian ido á lavar á la embocadura del arroyo del *Huveaune*. Este cuadro me encantaba tanto, que saqué un dibujo. No lejos de ese sitio hacia las montañas, se halla el palacio Borely, célebre por su buena galería de pinturas antiguas.

Yendo en otras direcciones, el artista viajero se expone á andar muchos kilómetros en medio del polvo y del lodo, junto á paredes interminables que le impedirán descansar un poco sobre la yerba. Solo verá de lejos la verdura, bajo la forma de graciosos grupos formados de pinos de Italia, tan frecuentes en la campiña de Marsella, y tan característicos, que me decidí á sacar de ellos un dibujo.

También pongo aquí la vista del puertecillo de Nuestra Señora de la Guardia, conocido bajo el nombre de Ensenada de los Catalanes, barrio marítimo habitado, como lo dice el nombre, por catalanes, y también por algunos genoveses.

Pero el vapor que debía llevarme á Córcega se disponía á salir, y temiendo que me olvidaran, ó que no olvidase yo, no me senté mas que una vez, y á la entrada del puerto en el sitio llamado la Reserva, desde donde presenciaba una escena encantadora; el aire y el mar estaban sosegados; ligeras nubecillas de color de oro se elevaban sobre la bruma azulada; las velas y las aves marítimas se cruzaban sobre el agua en todos sentidos. Una música militar que habia en el fuerte de San Juan añadia la asonancia de los sonidos á la armonía de las líneas y de los colores... Todas estas armonías estaban escritas en mi álbum cuando resonó la campana del vapor, y al punto eché á correr á bordo.

Pocos instantes despues, por una espléndida mañana de octubre, el *Industrial* se deslizaba rápidamente fuera del puerto. En el horizonte terrestre se destacaban los perfiles de las montañas de Provenza, y habíamos descubierto la Ciotat, Tolon y su escuadra, cuando distinguimos el gracioso grupo de las islas de Hyeres. Al atravesarlas, yo llenaba páginas de mi álbum para fijar en el papel el recuerdo de los elegantes contornos de las montañas que se elevan sobre esas islas.

Entonces me vinieron á la memoria los moros que en diferentes épocas habian saqueado aquellos sitios reduciendo á la esclavitud á toda su poblacion, mientras celebraban solemnemente el *Ramazan*; pero despues Luis XIV volvió á poblar las islas de faisanes dorados.

De los dibujos tomados al paso daré únicamente el que traze cuando nos hallabamos junto á la isla de *Porquairrolles*, dejando con sentimiento otros varios en mi álbum.

Acabamos de pasar esos parajes cuando el vapor volvió á la derecha hacia alta mar, esto es, hacia un horizonte que no era mas que una línea recta destacándose vigorosamente sobre un cielo enrojecido todavía por las claridades del crepúsculo. Bien luego no hubo para los ojos otro espectáculo que las estrellas del cielo y algunas luces fosforescantes de la mar.

A las cinco de la mañana, una sombra vigorosa se presentaba en el horizonte; la aurora se levantaba hacia la Italia, era el cabo Corso que dibujé al instante. Pronto veremos pues la tierra que es el objeto principal de nuestra excursion.

J. B. L.

Historia de la Semana.

El invierno se adelanta á pasos de gigante, y segun los primeros síntomas, podemos ya prometernos ver el Sena como esos afortunados mares donde la flota rusa pasa anclada en los hielos unos cuantos meses todos los años. Los aficionados correrán patines, y los estudiantes beberán cerveza y fumarán su pipa bajo el puente de las Artes. Quizá asistamos también á un espectáculo que suele verse en Londres en el Támesis, cual es el de asarse un buey entero en una hoguera encendida sobre el hielo, atravesado en un asador de dimensiones colosales.

Nuestros lectores se imaginarán tal vez que estas calamidades del invierno producen honda sensacion en estos países; pero nada de eso; cuanto mas rigorosa es en las calles la naturaleza, tanto mas la combaten los poderosos del mundo en los salones, y tanto mayor placer resulta de ello. Por de pronto ya empiezan á afinarse los pianos y á templarse los violines, indicio seguro de que se acercan los conciertos y los bailes, que prometen ser brillantes este año.

Los extranjeros huyen á toda prisa á sus hogares, esto es, los extranjeros de la masa vulgar que se pone en movimiento los veranos como quien quiere aprovechar las vacaciones, pues en cuanto á los personajes importantes, estos por el contrario establecen ahora en Paris sus cuarteles de invierno.

Entre los primeros, los ingleses no han querido marcharse de la capital sin dejar en ella algunas señales de su genio excéntrico. Entre varias aventuras que han divertido al público esta semana, pondremos aquí la siguiente, á pesar de que mas que aventura, podria llamarse tragedia.

Dias pasados, un zapatero que vive en el barrio de San Martin, habia abierto su tienda muy temprano y se entregaba con afán á sus laboriosas tareas, cuando le llamó la atencion un hombre como de unos cuarenta años que pasaba y volvía á pasar por delante de su puerta mirándole atentamente, hasta que al fin entró, y aunque brillaba en su chaleco una elegante cadena, pues el hombre iba muy bien vestido, principió su conversacion preguntando al artesano:

— ¿Tendréis la bondad de decirme qué hora es.
— Las ocho, respondió este.
— Muy pronto empezais á trabajar, dijo el desconocido, con un acento británico muy pronunciado.
— ¿No ganais mucho sin duda?
— Gano lo suficiente para mi familia, que se compone de mi mujer y tres hijos pequeños.
— ¿Hace mucho que estais casado?
— Seis años.
— ¿Y establecido?
— Cinco; mi mujer no me trajo dote, y yo apenas tenia lo suficiente para abrir mi tienda con mis ahorros.
— ¿Y no sois desgraciado?
— Al contrario, somos muy dichosos; aunque trabajamos mucho, nos amamos mucho también.
— ¿Pero no podriais extender vuestra industria?
— Necesitaria dinero.
— ¿Mucho?
— Sí, bastante.
— ¿Cuánto, pues?
El zapatero se puso á echar cálculos.
— ¿Diez mil francos? le preguntó el desconocido.
— ¡Oh! eso es mas de lo que necesito.
— Pues bien, dadme exactamente vuestras señas con vuestro nombre y apellido, que quizá podré yo hacer algo bueno en vuestro favor.

El zapatero satisfizo la demanda, y volvió á su trabajo, sin acordarse mas de lo acaecido, y tomando el inglés por un ente estrambótico como hay tantos.

Sin embargo, á las dos de la tarde del mismo dia volvió á presentarse el desconocido, y le dijo entregándole una carta cerrada:

— Os confío este pliego con la condicion de que no le abrais hasta dentro de veinticuatro horas.

— De modo que si mañana á las dos...

— Si mañana á las dos no estoy aquí, tenéis licencia para abrirlo.

Veinticuatro horas despues los ojos del zapatero se fijaron en la carta, y curioso al fin por descubrir aquel enigma, la abrió y encontró lo siguiente:

«Razones de fuerza mayor me obligan á quitarme la vida; me suicidaré lejos de Paris, de modo que cuando leais estos renglones ya no habrá remedio. Pero antes he querido hacer feliz á una familia honrada, é informándome de la vuestra, he sabido que lo merece bajo muchos conceptos. Adjunta encontraréis la suma de diez mil francos que os hace falta.»

Y en efecto, acompañaban á la carta diez mil francos en diez billetes del banco de Francia.

¡Oh bienaventurado sir F. Harris! ¡cómo te van á llevar en triunfo en tu bendita patria, en esa patria del carbon de piedra, del spleen, de los suicidios, y de tantas otras cosas todas buenas!

Sir F. Harris es un inventor que no sabemos si obtendrá privilegio del gobierno en favor de su invencion, pues se presentarán sin duda algunos concurrentes.

Sir F. Harris examinando los medios que emplea la humanidad para acabar consigo, como verbigracia el brasero de carbon, reservado exclusivamente para la asixia femenina, las pistolas, puñales y otras armas que matan con mas ó ménos presteza, los caminos de hierro sobre los cuales se arrojan tantos insensatos al paso de los trenes, y por fin todo lo que el genio del hombre demente ha inventado para destruirse, ha sacado en conclusion que falta un instrumento de suicidio á la altura de las necesidades de la época, y para llenar este hueco importante propone la adopcion de una máquina cuyo sistema asegura haberle costado largos años de trabajo. El mecanismo, sin embargo, es muy sencillo; dos grandes planchas de metal, en las cuales se coloca el reo de su propia conciencia, sometidas á una fuerte presion, acaban con el individuo en un espacio de tiempo tan corto que ni siquiera se puede calcular por milésimas partes de segundo.

En las oficinas de esta empresa singular habrá un registro abierto para las personas que deseen inscribirse de antemano, señalando el dia y la hora en que quieren tomar su pasaporte para el otro mundo, para que cada cual quede servido á medida de sus deseos.

Sir F. Harris recomienda mucho su sistema para los condenados á muerte, víctimas hoy, dice el autor, del bárbaro sistema de la horca.

Preciso es convenir en que los ingleses tienen el privilegio de las excentricidades; la extravagancia de los demás países no les llega á ellos al tobillo. Dígalo sino la historia siguiente:

Entre las nuevas figuras aristocráticas que se han visto en Paris en la semana última, citarémos la de un noble muy rico, que si hemos de dar crédito á la crónica del dia, es uno de los hombres mas originales que ha dado á luz la Inglaterra.

El juéves último, un pianista distinguido fué convidado á casa de este noble, que la crónica de donde sacamos esta aventura designa con el nombre de sir Eduardo F... El convite era para que tocara en la tertulia del rico insular, por cuyo trabajo se le ofrecía una buena suma de dinero. El artista llegó temprano, y los lacayos le introdujeron en un vasto salon donde se hallaban ya reunidas varias personas. El salon, amueblado con magnificencia, estaba poco alumbrado, y casi hacia frio, pues en las chimeneas no ardia tampoco una espléndida lumbre.

Sir Eduardo recibió al artista con mucha cortesía, y le fué presentando uno por uno á todos los personajes de su tertulia.

— Esta señora es mi mujer, dijo sir Eduardo mostrando á una dama ricamente vestida, que se hallaba sentada en un sofá.

El artista saludó profundamente, pero la señora no le devolvió el saludo.

— Esta otra es mi hermana, mis Emilia, continuó sir Eduardo señalando una jóven que estaba apoyada en un velador como embebida en la lectura de un libro que tenia delante de los ojos.

— Señorita... dijo el artista inclinándose, y repitió dos veces la palabra como para llamar la atencion de la jóven, pero esta no apartó la vista de su libro.

— Es muy aficionada á la lectura, dijo sir Eduardo.

— Se conoce, respondió el artista, á quien le chocó aquella falta de urbanidad.

Lo demás de la tertulia se componia de cinco ó seis caballeros, y el pianista notó con sorpresa que todos estos personajes estaban inmóviles, lo mismo que la mujer y la hermana de sir Eduardo. Uno de ellos se hallaba sentado delante de un tablero de ajedrez, y parecia absorto en las combinaciones del juego. Era aquel el ejemplo mas visible de la flemma británica llevada hasta su último extremo.

— Estos señores que están aquí son mis mejores amigos, los compañeros de mi juventud, continuó sir Eduardo con acento tierno. Ese es uno de los primeros jugadores de ajedrez de la Gran Bretaña, á quien nunca he podido ganar, á ménos que me dé las dos torres.

El jugador sufrió con impasibilidad estóica el elogio.

— ¿Queréis sentaros al piano?

— Estoy dispuesto.

— ¿Qué pensais tocar esta noche?

— Improvisaré, ó tocaré lo que mas les guste á estas señoras.

Las señoras siguieron calladas; sir Eduardo respondió por ellas:

— Mi mujer y yo siempre hemos tenido el mismo gusto en música, con que podeis tocar algo de Listz y una de vuestras famosas composiciones.

— Entónces principiaré por mi composicion, porque despues de la música de Listz nada puede oirse con agrado.

El sofá donde estaba sentada la señora se hallaba cerca del piano, hallándose colocado de tal modo que el artista tenia su rostro en frente. Mientras tocaba la primera pieza no cesaba un punto de mirarla para leer en su fisonomía la expresion que manifestaba; pero al cabo de mirarla un rato, llegó á sentir esa turbacion que causa una vision aparecida en sueños. El pañuelo que la señora tenia entre los dedos se deslizó y se cayó en la alfombra; el artista se bajó á cogerle y lanzó un grito de sorpresa.

— ¿Qué tenéis? le preguntó sir Eduardo.

— Pero, caballero... esta señora... no respira...

— ¡Ay! interrumpió sir Eduardo; solo posco la imágen de una esposa adorada.

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta gravedad, que el pianista principió á conocer que no era aquello una burla que debiera incomodarle, ni tampoco hacerle reir.

— ¿Y esta señorita y esos caballeros?... repuso volviéndose á mirar á la concurrencia.

— Lo mismo digo de todos esos seres á quienes tanto amé; la muerte se los ha llevado á todos, y el arte solo me ha conservado sus copias: ¿los creisteis vivos?

— Confieso que lo creí; ¡están hechos con tanta perfeccion!

— Es cierto; parece que respiran; yo siempre estoy en medio de ellos; los veo, los hablo y esto me consuela.

— ¡Y son figuras de cera! decia por lo bajo el artista.

— ¡Nada mas que eso! respondió tristemente sir Eduardo.

El pianista creyó hallarse en la famosa galería de obras de cera de madama Tussaud en Londres, donde se hallan representados de cuerpo entero y con sus trajes respectivos todos los soberanos de Inglaterra desde Jorge III hasta la reina Victoria, con todos los personajes históricos, antiguos ó modernos, de todos los países.

La ilusion en casa de sir Eduardo, lo mismo que en los salones de madama Tussaud, era completa.

Lo mas particular es que todas las personas que conocen á sir Eduardo contemporizan con su monomania, sentándose entre las figuras y saludándolas, que es todo el trato que con ellas puede haber; tal es el poder de las riquezas.

Sir Eduardo cuando recibe gente en su casa gasta los mismos cumplimientos con los vivos que con sus muñecos de cera, cuyos rostros, sacados sobre el natural, tienen un parecido perfecto, y cuyo aire y traje completan la ilusion. Nunca se aparta de su museo, que lleva cuidadosamente encajonado cuando viaja; pero tiene mucho cuidado con el calor, pues su familia puede derretirse fácilmente.

Vamos á terminar nuestra revista dando cuenta á nuestros lectores de un proceso como se ven pocos. El protagonista esta vez no es inglés, sino un alemán distinguido.

M. Michewitz, redactor de un periódico musical de Leipsick, paseándose por Paris el 7 de octubre último, vió anunciado el *Freyschutz* en la Opera, esto es la obra maestra de Weber. Como amigo del arte, corre al punto al despacho y toma una luneta para asistir á la representacion; lo que pasó durante el espectáculo en M. Michewitz lo ignoramos; pero lo cierto es que al otro dia presentó una queja al tribunal civil del Sena contra el director del teatro, no solo por la detestable ejecucion de la ópera, sino también porque se habian suprimido pasajes importantes, sobre todo en el acto tercero.

— Pido, dice M. Michewitz al tribunal, que mande ejecutar el *Freyschutz* para mí, por los primeros artistas de la Opera, como lo anunciaba el cartel del dia 7, y sin mutilaciones de ninguna especie; quiero para esta representacion la misma luneta que compré aquel dia, y como es preciso que el honor del gran maestro Weber quede vengado inmediatamente, exijo 100 francos de daños y perjuicios al director de la Opera por cada dia de tardanza que haya en la ejecucion del *Freyschutz*.

La Opera llamada al tribunal presentó una excepcion de *judicatum solvi* al extranjero, declarando que va á perseguir como injuriosa la queja presentada por M. Michewitz.

El tribunal ha pedido una fianza de 1,000 francos á M. Michewitz por ser extranjero, y fallará este pleito singular en la semana próxima.

MARIANO URRABIETA.

El bueno y el mal ladrón.

Andrinópolis 20 de setiembre.

El pueblo de Tchirpan, célebre por la inmensa cantidad de ovejas que allí se crían, acaba de ser testigo de un suceso singular, cuyas consecuencias han sido una batalla que ha durado nada ménos que veinticuatro horas, costando la vida á muchos centenares de individuos.

El territorio de Tchirpan, dependiente del cuartel Tkaimskarlie, de Eski-Zara, en el Sanjak (departamento) de Tchermen, se compone de llanuras inmensas de la antigua Tracia, que se extienden á lo largo de la Maritza hasta Philópolis y las mismas puertas de Constantinopla, no terminando hasta los Balkans, esos Pirineos de la Turquía, que surcados de abismos sin fondo, erizados de malezas impenetrables, forman una especie de baluarte natural.

La considerable poblacion de Tchirpan, dedicada únicamente á la cria de las ovejas, que le produce ventajas inmensas, es visitada todos los años por una multitud de peregrinos comerciantes, que ya en pequeños grupos armados, ya unidos á caravanas considerables, van cargados de seguro con grandes sacos llenos de monedas, porque el canue (papel moneda) no tiene curso en el país, y las operaciones de los banqueros solo llegan á Eski-Zara y á Zazaleng. Entrando en el territorio de Tchirpan todo signo de crédito pierde su valor, y el que quiere comprar una oveja, como el que quiere comprar 20,000, debe de pagar en dinero contante.

Con esto puede el lector formarse una idea de las riquezas que atesoran aquellos pastores, ignorantes de todo género de lujo, y cuyo placer y arrogancia consiste en poseer mucho oro.

También se comprende con esto cómo los ladrones á mano armada y los bandidos de la Turquía, que son en gran número, preferirán á la de la Meca la peregrinación á Tchirpan, si por fortuna una rivalidad tradicional entre los kirdjalis y los daglarbegs no sirviese de salvaguardia á aquel país contra toda tentativa.

Con efecto, los kirdjalis ó poseedores de los campos abiertos, de las palabras *kur*, campo, y *djahi*, poseedor por fuerza; y los daglarbegs ó príncipes de la montaña, de *dag*, montaña, y *beg*, príncipe, pretenden cada uno por su parte tener derechos exclusivos al territorio de Tchirpan, y esto origina una hostilidad perpetua entre ellos, de la cual resulta una proteccion eficaz para los habitantes y su productiva industria.

Estas dos tribus, aunque viven ambas de la rapiña, son en un todo diferentes en cuanto á la raza, las costumbres, y aun podriamos decir los instintos.

Los kirdjalis, intrépidos ginetes, prefieren el arma blanca al arma de fuego, el ataque á la emboscada, y saben en un solo día recorrer distancias fabulosas, atravesando el desierto sin seguir los caminos ni via ninguna aparente, pero seguros de llegar á donde quieren y cuando quieren, como los europeos saben á donde van con ayuda de sus guías del viajero. Los kirdjalis, que forman mas bien una horda que un ejército, se componen por lo comun de tártaros, de búlgaros y de descendientes de los antiguos osmanlis. Ni culto ni nacionalidad se exige para ser uno de ellos; la bravura, la agilidad, la fuerza, la discrecion y un buen caballo: esto es el único mérito que entre ellos se hace acreedor á la estima y á la consideracion.

Los daglarbegs, por el contrario, prefieren los fusiles á los yataganes, y confian con mas gusto el éxito de una empresa á una emboscada que á una batalla. Taimados y cazurros, se reclutan entre los griegos y los arnautas, y tal vez algun búlgaro ó algun servio llega á aumentar sus filas, pero nunca un tártaro ni un osmanli. Por eso los kirdjalis se vanaglorian de producir de vez en cuando guerreros distinguidos, y recientemente han visto elevar á la dignidad de pachás-muchirs (mariscales) dos valientes salidos de sus filas, mientras los daglarbegs rehusan tan peligrosos honores, y solo hacen la guerra á las caravanas y á los comerciantes viajeros.

Siendo estas indicaciones necesarias para comprender la siguiente relacion, pasarémos á ella definitivamente.

Un french (nombre que se da á todo el que viaja con pasaporte extranjero) iba de Andrinópolis á Eski-Zara, y de aquí á Tchirpan, con objeto de comprar de quince á veinte mil carneros, cuando Mehmed-Fourchidji, jefe de una de las principales partidas de kirdjalis, supo la llegada del especulador á casa de su corresponsal de Andrinópolis.

Figurándose desde luego que las arcas de french estarían repletas de oro, concibió al punto la idea de robarle, y en Andrinópolis le anduvo espiando tenazmente para estudiarle á fondo y conocer los medios mas seguros de dar el golpe sin mucho escándalo.

Pero cuando por su tiesura, su flema y la gorra con galon de oro que llevaba creyó reconocer en él á un capitán inglés, hallóse el kirdjali muy apurado reflexionando que aquel ataque podia tener consecuencias muy funestas para su ambicion, porque Mehmed-Fourchidji, reducido por el ejemplo de su antiguo cólega el muchir (mariscal), auguraba también á los honores públicos, y por un robo, aunque fuera tan importante como aquel, no queria atraerse le cólera de lord Strafford-Redeliff, á quien llaman los turcos Padichak-Etchni-Bey, ó sea el embajador soberano, atribuyéndole un poder mayor que el del czar de Rusia, que, segun dicen ellos, solo de vez en cuando logra destituir á un pachá ó á un ministro, mientras el lord forma ministerios, y pachá los derriba á su antojo.

Vacilaba, pues, Mehmed-Fourchidji sobre el partido

que tomaria, cuando salió el french de Andrinópolis con una pequeña escolta en direccion á Eski-Zara y Tchirpan. Pese á sus temores de lord Redcliff, pese á su respeto á la gorra galoneada, que él creia tan temible y respetable como el pabellon británico, vencido por su sed de oro no pudo ménos el jefe Kirdjali de juntar su partida á cuya cabeza se puso, siguiendo desde alguna distancia la presa á que no se atrevia á meter el diente, como ronda el lobo las ovejas guardadas por el pastor y el perro.

El camino era largo y montuoso, con que hubiera podido verse á Mehmed-Fourchidji, cuando algun obstáculo detenia al extranjero, se le hubiera podido ver acercarse á gatas á su comitiva, devorarla con sus ojos, y expresar en su móvil fisonomía cuanto era su sentimiento de que aquel french no fuese italiano ó alemán, y de que no se redujeran todos sus peligros á una persecucion de los seymens (gendarmes), pues segun el proverbio árabe « el que va perseguido por un seymen corre como el viento y es libre como el viento. »

Comprendiendo la partida de kirdjalis la lucha que sostenia su capitán con el temor y la avaricia, siguióale con esa confianza ciega del soldado de Oriente, ya pertenecia á el ejército ó á las tribus bandoleras. Tal fué la bizarra escolta con que llegó á Eski-Zara, término medio de su viaje, el capitán inglés.

Aquí le esperaba un peligro mucho mas temible aun. Haddi-Papas-Episkopos-Denitrico, peregrino diez veces á los Santos-Lugares de Jerusalem, sacerdote ordenado desde hace veinte años, griego de nacion, obispo *in partibus* y al mismo tiempo uno de los capitanes mas famosos de los daglarbegs, se le habia adelantado á Eski-Zara, informado de las considerables riquezas que llevaba consigo. Los sacafs (banqueros) y los badjis (notables de la ciudad) correligionarios suyos, ortodoxos, se habian apresurado á darles cuantas noticias podia desear. Mas adelantado, pues, que Mahmed-Fourchidji, sabia que el viajero se llamaba John-Fitz-Bull Danering Fezeven, y que era inglés efectivamente.

Pero este descubrimiento habia causado en Haddi-Papas un efecto contrario al de Mehmed-Fournichidji. Estos fueron sus razonamientos: el jefe supremo, el omnipotente protector de la ortodoxia, se halla en lucha abierta con los ingleses y los franceses. Librar al culto ortodoxo de un descreido, sea protestante, católico ó judío, es una obra meritoria á los ojos de Dios, y al mismo tiempo meritoria á los ojos del emperador Nicolás.

Como epilogo de estas reflexiones, armóse Denitrico de su escopeta, colocóse á la cintura su yatagan y sus pistolas, y se dirigió á la montaña seguido solamente de algunos criados y de dos de sus perros favoritos.

Esta marcha no admiró á nadie, pues era sabido en Eski-Zara que Haddi-Papas-Episkopos-Denitrico era un cazador furibundo, y el medjili (consejo municipal) veia siempre con gusto á su obispo emprender sus carcerias, pues acostumbraba á dejar á beneficio de los pobres el producto de sus excursiones.

El viernes siguiente al mediodía, cuando el sol concentraba sus mas ardientes rayos sobre la tierra convertida en horno, acercábase el viajero á Eschoban-Schesmesy (la fuente de los pastores).

Aproximábase ya el inglés con su paso regular y flemático á aquel sitio delicioso, donde no dejan nunca de hacer alto los viajeros, cuando tendiendo sus miradas por la llanura, distinguió una hilera como de cien caballos ensillados y que al parecer esperaban á sus ginetes, sacudiendo su inteligente cabeza como para abuyentar las moscas. Observando con mas atencion, no tardó el viajero en descubrir junto á ellos á sus amos haciendo el mamaz (rezo de mediodía) arrodillados hácia el Oriente, y cayendo tan pronto al suelo de cara, como levantándose para adorar al Todopoderoso.

Vivamente impresionado por este espectáculo, el inglés y sus criados habian puesto sus caballos al trote corto, cuando de repente una descarga de fusilería, saliendo de los bosques cercanos á la fuente, mató al caballo del inglés y á uno de sus criados, hiriendo á algunos de la escolta. « ¡Oh! exclamó sir Bull-Danering, yo me quejaré á lord Strafford-Redchife, y ya verémos la satisfaccion que tendrán que darme los pachás. »

No habia acabado aun de pronunciar estas palabras, esforzándose á levantarse, pues su caballo le habia cogido una pierna debajo, cuando los kirdjalis, montándose apresuradamente, se precipitaban hácia el bosque de donde el fuego habia salido.

En seguida se empeñó un combate horrible. La detonacion de las armas de fuego, el ruido seco de los sablazos, los relinchos de los caballos, y el ¡ay! de los heridos y moribundos, poblaron aquella soledad de continuo tan agradable y tranquila.

Repuesto pronto el inglés de la primera emocion de su caída, dedujo del furor de los combatientes que nada iba con él, y que solo por casualidad habian herido algunas balas á su acompañamiento; con que se instaló tranquilo en la fuente, mirando con la mayor indiferencia, ora un caballo que huia sin su ginete, ora un kirdjali que arrastraba el cadáver de un daglarbeg, limitándose á decir para su capote:

« Bien pueden batirse con los suizos esos valientes. »

Poco tardó el día, y luego la noche, sin que cesase la pelea. A la madrugada recibió uno y otro bando refuerzos de ginetes y peones, con que se prolongó la lid hasta las seis de la tarde, hora en que todo quedó en silencio.

A eso de las siete, y cuando ya el inglés creyendo

desembarazado el camino se disponia á seguir el suyo, presentóse en la fuente un caballero llevando en el arzon de la silla una cabeza barbuda, recientemente cortada, y seguido de un grupo de kirdjalis, que llevaba cada uno un caballo del diestro además del suyo.

« Captan, dijo, (captan es el título que se da á todo extranjero, por no decirle señor, aga ó effendi, título que solo se conoce á los musulmanes), captan, yo le he cortado la cabeza al *giadur* moscovita: mírala para conocerlo. »

Sin responder una palabra, sin manifestar sorpresa ni turbacion, cogió el inglés por los pelos la cabeza, que era la de Haddi-Papas Episkopos-Denitrico, y se puso á examinarla frenológicamente, reparando en ella los órganos de la astucia, de la perseverancia, de la tenacidad y de la exaltacion religiosa, despues de lo cual, devolviendo á Kirdjali su sangriento trofeo, montó á caballo y siguió el camino de Tchirpan como si no hubiera pasado nada.

También en este viaje le escoltaron los kirdjalis á alguna distancia, pero ahora ostensiblemente, hasta que al llegar á las primeras cabañas que indicaban el término de su viaje, se detuvo la partida, acercándose un jefe al inglés á galope.

« Captan, le dijo, yo me llamo Mehmed-Fourchidji, y soy jefe de los invencibles kirdjalis. Te he salvado de una muerte segura, y á no ser por mí te hubieran robado tus tesoros. Por toda recompensa solo te pido que me recomiendes á tu embajador para que me haga rico y poderoso. »

El inglés que habia escuchado al turco sin perder su ordinaria impassibilidad, se quitó ceremoniosamente su gorra, é inclinándose ante el kirdjali, sacó del bolsillo una cartera y escribió el nombre de Mehmed-Fourchidji. Cuando levantó la cabeza su interlocutor habia desaparecido.

« Es un valiente, dijo á sus criados. Ayúdenle las circunstancias y llegará á ser un hombre grande. »

¿Qué habia entretanto la policía de Eski-Zara y la de Tchirpan, encargada de la seguridad de los caminos? El bouloch-bachis (oficial de gendarmes) y sus leymens fumaban tranquilamente sus pipas entre tazas de café. Cuando recibieron la noticia exclamaron á coro:

« ¡Gracias á Dios! solo bandidos han muerto. Desde hoy se podrá pasar tranquilamente por el camino de Andrinópolis á la antigua Tracia. Dios es grande, pues ha hecho á los kirjalis tan temibles como los daglarbegs. Todo lo que hace Dios está bien hecho. »

Inauguracion del lord Maire (Alcalde) de Lóndres.

El nuevo lord maire, Sydney, ha sido perfectamente acogido por la poblacion en su solemne procesion. Guildhall, Fithstreet Hill y Bellingsgate estaban llenas de curiosos. Muchas casas de comercio habian empavesado sus ventanas.

La compañía ecuestre de M. Cooke ha logrado el mayor éxito. Uno de los mejores ginetes, monta lo en un magnífico caballo, y vestido con un hermoso traje tirolés, rompía la marcha, llevando la bandera de la paz.

Seguia un carro tirado por seis hermosos caballos, llevando sobre un pedestal elevado á una jóven con la balanza en la mano: era la Justicia. Detrás iban varios ginetes vestidos con trajes de diversas naciones.

Entre estos últimos ha distinguido la multitud á un ruso, que ha provocado violentos silbidos. El turco, que iba junto á él, creyendo que era objeto de aquella demostracion hostil, picó espuela para ver de donde provenian los silbidos. Reconociendo su error, volvió con orgullo á ocupar su puesto. Este incidente provocó los aplausos frenéticos y la hilaridad de la muchedumbre. Los chinos han quedado muy satisfechos del recibimiento simpático que se les ha hecho. El abigarramiento superabundante de los representantes de la América del Sur y del Norte ha causado mucha risa. El buscador de oro en Aastralia, golpeando un enorme peñon de cuerno, ha sido muy aplaudido. Cerraban la marcha dos jóvenes que representaban la Paz y la Prosperidad, cuyos pies reposaban sobre un globo tirado por nueve caballos de á tres de frente.

El lord maire ha prestado juramento en el tribunal del Echiquier, donde habia reunida una escogida sociedad. Entre los asistentes se observaba Azimullah-Khan y Reik-Allah-Effendi, hakems de la embajada otomana en Lóndres, vestidos con ricos trajes orientales, que eran objeto de muy distinguidas atenciones. Despues del mediodía ha tenido lugar el banquete del lord maire en Juil'dhall. El conde de Aberdeen, el lord canceller, el conde Clarendon, lord John Russell, el vizconde Canning, el vizconde Palmerston, sir John Graham, sir Ch. Wood, sir W. Molleswoorth, ministro del Norte-América y otros, asistían al banquete del lord maire.

Sitio imperial de Fontainebleau.

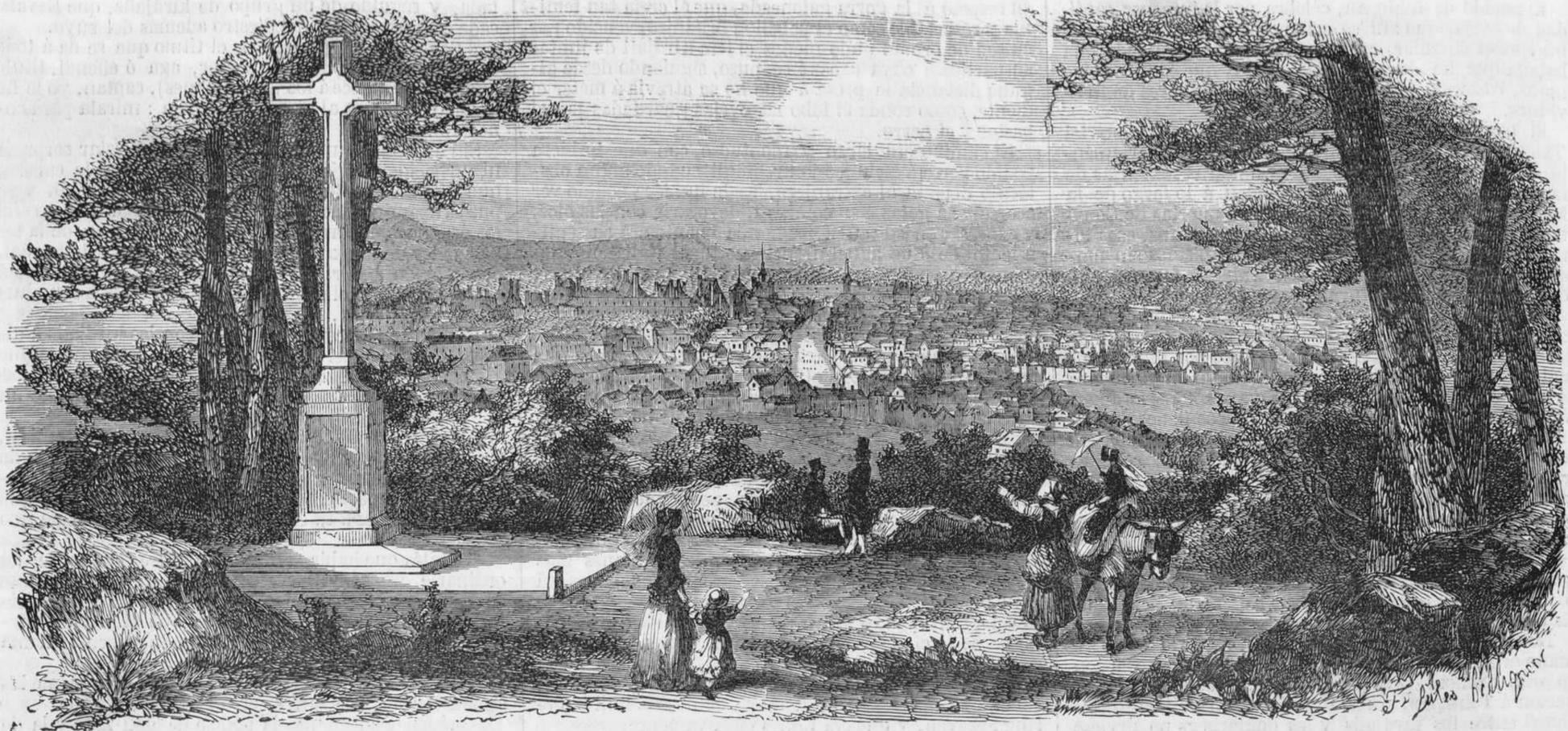
EL BOSQUE.

El bosque de Fontainebleau tuvo primero el nombre de bosque de Biere. Este nombre se dice que lo tomó de

un cabecilla de los piratas daneses, llamado Biere-Cota-de hierro, el cual sitiando á Melun en 845 estableció

su campo entre la ciudad y el bosque. En cuanto á la etimología del nombre de Fontainebleau, es cosa muy

controvertida. Segun unos viene de una antigua casa llamada Bréau, nombre que lleva todavia un abrevade-



Fontainebleau. — Vista general de la ciudad desde el Calvario, en el bosque.



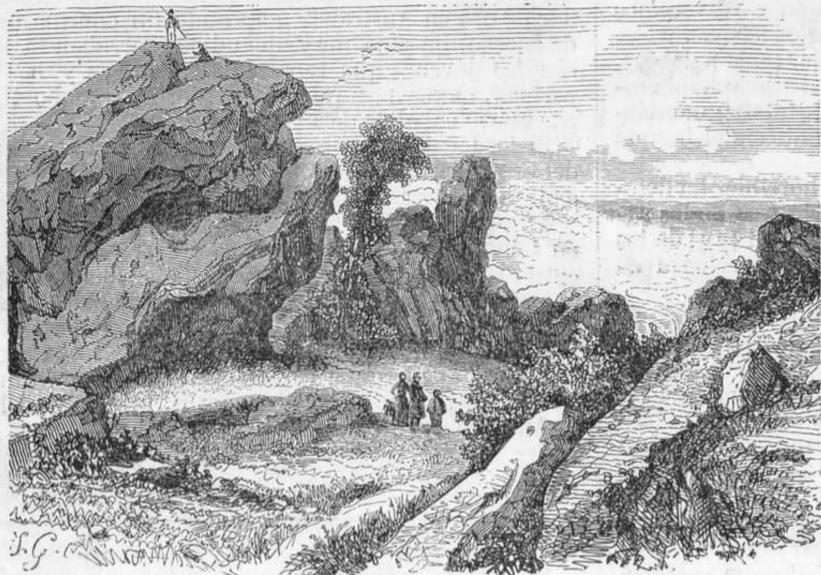
Bosque de Fontainebleau. — Encina de Enrique IV.

ro situado al Sud; segun otros debe su origen á un perro favorito de un rey, el cual (el perro) se llamaba Bléau y que perdido en una cacería fué hallado bebiendo en una fuente despues de lo cual el rey se hizo construir una casa para las citas de caza, trasformándose mas tarde en un hermoso palacio. Por lo demás, ninguna de estas etimologías ha sido definitivamente aceptada. Los posaderos de Fontainebleau, que no carecen de autoridad en la materia, explican la cosa mas naturalmente, diciendo que Fontainebleau viene de Fontaine Belle-Eau, lo que traducido literalmente da *Fuente-Bel a-Agua*. La cuestion permanece en pié sin haberse decidido aun quien tenga razon, si los sabios ó los posaderos, siendo muy probable que no la tengan los unos ni los otros.

El bosque de Biere como se decia aun en tiempo de Francisco I, ó de Fontainebleau como decimos hoy, es sin duda uno de los puntos mas notables que ofrecen los alrededores de Paris. Otras capitales están situadas á la orilla del mar, cerca de grandes lagos ó de grandes rios surcados por los navios, todo lo cual ofrece mucha animacion: las hay que están situadas sobre elevadas colinas, dominando el horizonte desde muy léjos, ó ven extenderse á su alrededor una cintura como la de los Alpes, espectáculo solemne y grandioso. Paris no tiene nada de esto. Esta ciudad sentada sobre un plano nivelado como todos los terrenos de aluvion, no tiene para interrumpir el aspecto uniforme de sus interminables campos de labranza, mas que algunas colinas de poca importancia y algunos bosques que no carecen de grandeza y de verdura. El Sena con sus revueltas contribuye tambien bastante á interrumpir esta monotonía dando al paisaje cierta animacion alegre y coqueta. Pero los mas bellos de estos paisajes están encerrados entre berjas de hierro ó murallas de piedra con sus puer-



Bosque de Fontainebleau. — Encina de Carlomagno.



Bosque de Fontainebleau. — Gargantas de Apremont.



Bosque de Fontainebleau. — La roca litorana.

tas correspondientes y sus cerrojos, lo que no ofrece el aspecto grandioso de la naturaleza tal como lo conciben

los artistas. El bosque de Fontainebleau compensa hasta cierto punto á los alrededores de Paris de lo que les

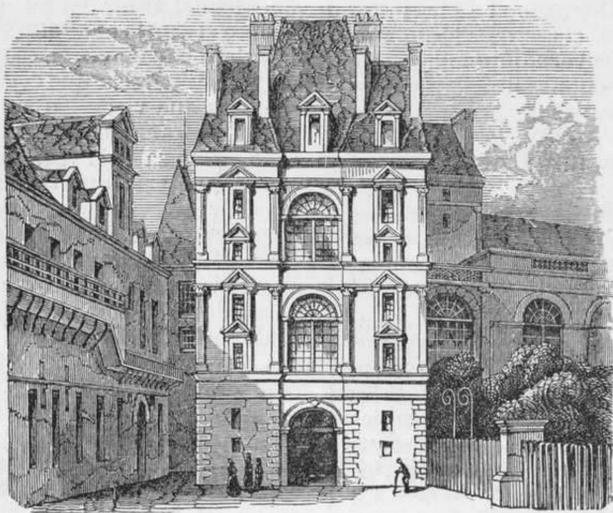
falta en otros conceptos, y pido á mis lectores disimulen si incluyo á Fontainebleau en los alrededores de una



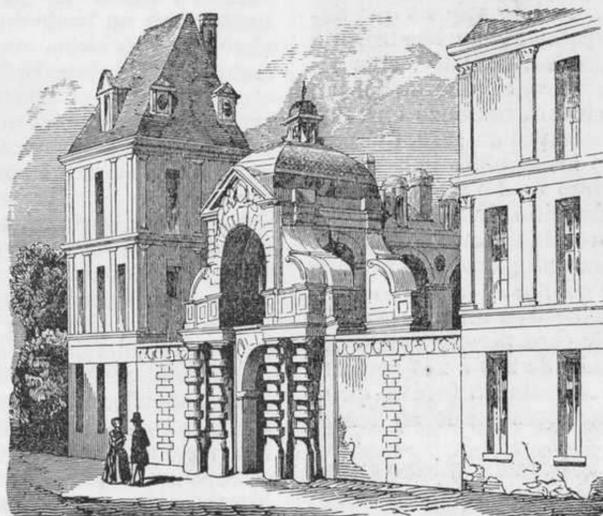
Fontainebleau á vista de pájaro.

capital de la cual dista unas quince leguas.

Allí, al ménos, la mano del hombre no se ha hecho sentir en todas partes, y puede hallar el hombre algun sitio solitario donde pasar dias enteros en la contemplacion silenciosa y las ilusiones sin interrupcion alguna. Un suelo variado, cadenas de montañas que atravesar, gargantas semisalvajes que cruzar, senderos desconocidos y cubiertos de matorrales, la sombría majestad de los viejos bosques, rocas

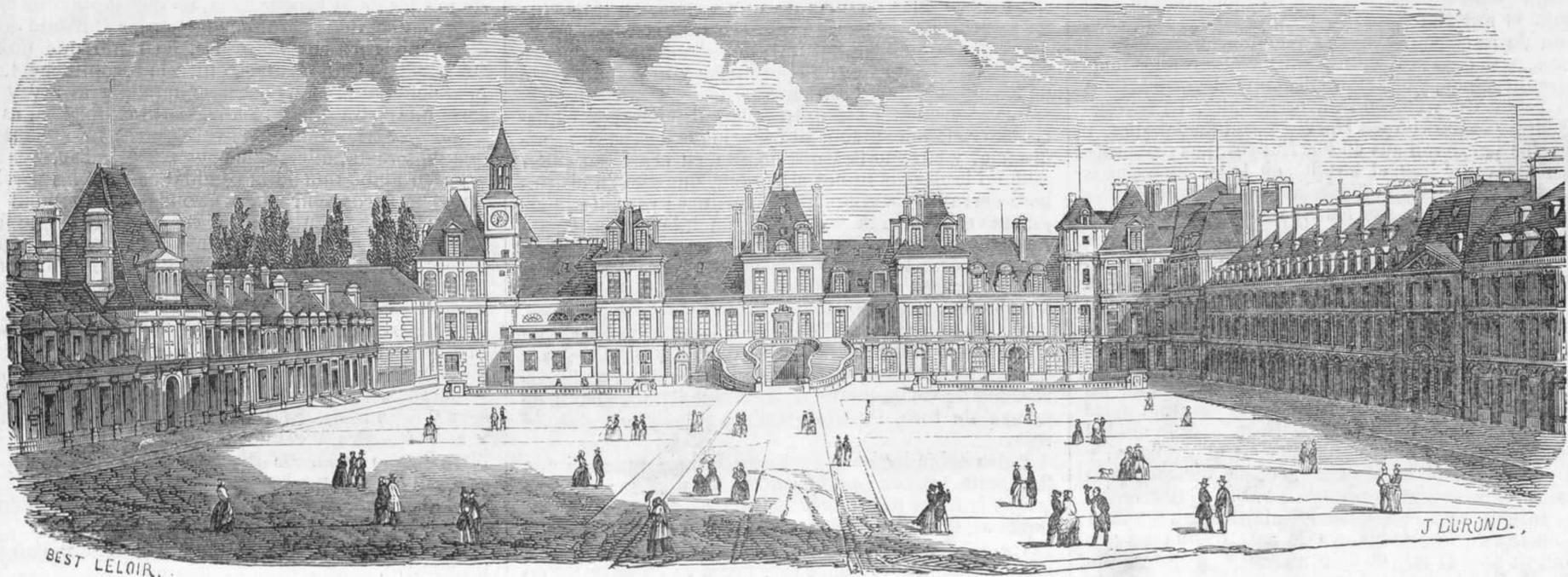


Palacio de Fontainebleau. — Puerta Dorada.



Palacio de Fontainebleau. — Puerta del Patio-Oval.

aplastadas las unas sobre las otras, tal es el espectáculo que ofrece esta interesante comarca, y esto vale mas que el cuadro medianamente campestre de las inmediaciones de Paris. Pero volvamos á Fontainebleau. Aquí los bancos de piedra cerca de una excavacion que ha venido á ser como un antro de druidas, mas allá entre pilares enormes amontonados en desórden, una encina, cuyas raíces permanecen ocultas, parece no descansar mas que en la su-



Palacio de Fontainebleau. — Patio de la Despedida (antes del Caballo blanco).

perficie desnuda y estéril de una roca, y su cabeza levantada al aire se ostenta sin embargo vigorosa y lozana: esta ha recibido el nombre poético de encina de las Hadas. Mas lejos á la entrada de una árida garganta otra encina aislada con la faz severa y las ramas bien contorneadas ha recibido un nombre característico que las gentes del país han alterado á causa de la asonancia: para los unos es *l'Orageux* y para los otros la *Rageux*. Hay otra encina que es donde suelen darse sus citas los artistas, y se llama la Reina Blanca, en la espesura de *Bas-Bréau*. Esta encina es notable por su tronco nudoso y el alcance de sus ramas. Todos los pintores de París la han dibujado y la saben ya de memoria, y los nuevos iniciados en el arte van á hacer su peregrinación inscribiendo su nombre en el libro abierto con este objeto en la vecindad, esto es en la corteza de otro árbol, que está llena de letras desde la raíz hasta seis metros de altura, pudiéndose ver allí entre otros los nombres de Corot y de Marilhat.

La superficie del bosque tiene unos 17000 hectáreas y su perímetro 100 kilómetros, hallándose limitado al Norte por el Sena, al Sud por el río *Lomy* y el canal de este nombre. Los caminos, los senderos que atraviesan este bosque componen un total de 500 leguas; las rocas ocupan un espacio evaluado en 4.000 hectáreas formando largas cadenas ó colinas que se elevan á veces hasta 150 metros sobre el nivel del Sena, y marchan paralelamente entre sí, de modo, que si se atraviesa el bosque de Sud á Norte hay que cruzar ocho ó diez cadenas de rocas. Entre otras hay un banco conocido bajo el nombre de Banco Real que se ha explotado ya para el empedrado, y mas abajo se encuentra un arenal inmenso, á veces blanco como la nieve y á veces interrumpido por los colores amarillento, rojizo, y también por el hidrato de hierro. Esta arena y la piedra de las rocas vecinas tienen evidentemente un origen común, no diferenciándose mas que por el estado sólido ó móvil de sus partes constituyentes. Pero el fenómeno que mas ha llamado la atención de los curiosos es el de los cristales de piedra roqueña con las formas poliédricas del carbonato de cal, metamorfosis debida como es sabido á la presencia de dicho carbonato. La naturaleza del suelo de este bosque explica la escasez de aguas que allí se nota, y á esto se atribuye la rareza de las aves, estas no tienen mas agua para beber que la de las lluvias conservada en las excavaciones naturales, y felizmente multiplicadas en las rocas de piedra.

Mas de las dos terceras partes del bosque de Fontainebleau comprenden árboles indígenas de los cuales los principales son la encina, el haya, el abedul y el álamo blanco, siendo el mas común de todos la encina, que en algunos puntos tiene una elevación considerable. Las hay que tienen siete metros de circunferencia, y como algunos de estos árboles han adquirido cierta celebridad, suelen atraer á los paseantes. Tales son las encinas de los Druidas, de Pharamond, de Clovis, de Carlomagno, de la Reina Blanca, etc. Hay árboles que tienen de 300 á 400 años, principalmente en Bas-Bréau á la entrada del bosque por la parte de Chailly, sitio famoso ya en 1664. Hállase también el pino, árbol tan raro en otro tiempo, y cuya cultura comenzó en 1784, pues si bien se habian hecho ensayos en 1710, fué preciso desistir á consecuencia de las grandes heladas. La introducción del pino marítimo en Fontainebleau se debe á M. de Cheyssac, y la del pino silvestre á M. Lemonier, primer médico de la reina María Antonieta. Desde entonces los pinos se han propagado, ocultando con su sombría vegetación las colinas, y haciendo desaparecer el aspecto de salvaje soledad en muchos parajes. Desde que la destrucción de la caza permitió obrar libremente, se siembran cada año de 200 á 250 hectáreas de tierra, calculándose que se necesitan todavía quince años para cubrir los 4.000 hectáreas que deben llenarse de pinos.

Los reyes de Francia y el emperador mismo gustaban mucho de cazar en este real sitio, y entonces la ciudad se llenaba de gente. Verdad es que antes abundaba mucho la caza, pues llegó á calcularse que habia unos 3000 animales entre ciervos y venados. También los jabalíes eran numerosos, pero han disminuido mucho bajo el anterior imperio, porque esta era la caza favorita de Napoleón. Ninguna reclamación se levantó entonces, pero bajo la restauración reclamaron los pueblos circunvecinos, y los tribunales condenaron á la Casa Real á pagar unos 60.000 francos anuales. La revolución de Julio acabó con los ciervos y con los jabalíes, y los pueblos perdieron sus 60.000 francos. Los paseantes pueden atravesar hoy el bosque en todas direcciones con la mayor seguridad: los únicos huéspedes temibles que allí se encuentran son las víboras que pican al que no anda con cuidado, y algunas frutas silvestres como las setas venenosas que suelen castigar á los glotonos. La princesa de Conti en 1731, y el Cardenal bajo el imperio Caprara estuvieron á punto de morir por haber cedido á esta tentación. Dios libre á ustedes de la víbora y de las malas setas.

Apénas sale uno de Fontainebleau entra en el bosque, y las escenas mas pintorescas se le presentan á los ojos: al Sud la roca de Avon, al Norte por una parte el *Calvario* desde cuya altura se obtiene sobre la ciudad un golpe de vista que reproducimos en el grabado, y de la otra parte el monte *Ussy*, colina variada en la cual se esconden algunos pequeños valles sombríos, algunos parajes solitarios donde los artistas van á visitar ya la encina de las Hadas, ya la de Carlomagno que tiene en su base 21 piés de circunferencia, y que reproducimos también, ya otra encina notable por su alto y derecho tronco, y que es conocida por el nombre de

el ramillete del rey. La Iroca Llorona que si no es la mas digna de visitarse es la mas frecuentada y se halla cubierta de inscripciones, que tal es la monomanía de los modernos viajeros. Hay otros sitios de ricos y variados aspectos, mas ó menos célebres que seria muy largo enumerar, y que son mas propios para admirarse que para describirse.

En cuanto á los edificios, la parte mas antigua se encuentra al rededor del patio Oval cuya puerta de entrada se halla en frente de la de los Oficios edificada por Enrique IV, puerta sobre la cual hizo construir este rey una cúpula, y luego recibió el nombre de puerta del Defin por haberse verificado allí el bautismo de Luis XIII. Detrás de estos edificios en frente de la calzada Maintenon se encuentra la puerta Dorada mandada hacer por Francisco I, y decorada con pinturas mitológicas que M. Picot restauró en 1835. Por esta puerta verificó Carlos Quinto su entrada en 1539, y por ella también huyó la duquesa d'Etampes para evitar la venganza de Diana de Poitiers despues de la muerte de Francisco I. Uno de los grabados representa la fachada principal del castillo y el patio de Honor ó de la Despedida. La del fondo fué construida por Francisco I, el edificio de la derecha ó al de Luis XV sucedió bajo este monarca á la galería de Ulises pintada al fresco por el Primitivo y Nicolás dell'Abate. Este vasto patio que tiene 152 metros de longitud por 102 de latitud fué primitivamente cerrado por edificios del lado de la plaza de la Ciudad: Napoleón hizo reemplazar estos edificios por la gran berja que se ve todavía. Llamado durante mucho tiempo el patio del Caballo Blanco á causa de una figura ecuestre, copiada de la de Marco-Aurelio de Roma, que hizo poner allí Catalina de Médicis, tomó en 1814 el nombre de patio de la despedida, nombre que conservará sin duda porque expresa un recuerdo delante del cual palidecen los de la antigua monarquía y que ha sido consagrado por un gran infortunio.

En otro artículo hablaremos del palacio, reunión de edificios construidos en diversas épocas de la monarquía é imponentes por su grandeza, bien que confusos en su disposición general y por los distintos géneros de arquitectura. El grabado de Fontainebleau á vista de pájaro que verán nuestros lectores en nuestro número de hoy da una idea del conjunto.

P. B.

La Estrella de la Mañana.

Entre los primeros franceses que visitaron el interior de América, uno de los mas conocidos es Pedro Blondeau, que despues de haber aprendido el oficio de barbero con uno de los mejores de París, salió á correr el mundo con un fraile dominico, llamado el padre Francisco, que lo habia recibido en clase de criado y de compañero de viaje. El famoso proverbio que dice: «como el amo es el criado,» no tenia aplicación en este caso, porque jamás se vió pareja mas discordante; el monje era muy fino y delicado, y el barbero lo que se llama vulgarmente un *buen diablo*, un hombre á la *pata llana*.

El amo era serio, austero y grave; el criado era ligero, revoltoso, hablador como un papagayo, alegre como unas castañuelas; siempre cantando, bebiendo, bailando y tocando la flauta; el amo deploraba la depravación del siglo y la perversidad del corazón humano; el criado creia que este era el mejor de los mundos posibles, y que no se podia jamás divertirse con exceso; amaba á todos los hombres, y particularmente á los que lo convidaban á beber; adoraba á todas las mujeres, pero sobre todas á Anita, con quien debia casarse al volver á Francia. Amo y criado se parecian sin embargo en que los dos procuraban corregir los defectos de su prójimo; pero el bueno del fraile corregia los defectos del corazón, el barbero los del peinado; el primero libraba á las almas de sus vicios, el segundo desembarazaba las mejillas de una vegetación importuna y superflua. El padre Francisco queria á Pedro porque conocia su buen natural; y Pedro amaba al padre Francisco porque veia en él el mejor y mas indulgente de los amos y de los confesores.

De vez en cuando solian tener sus disputas. Pedro queria tener siempre razon. El fraile lo escuchaba con sangre fria, y cuando Pedro reconocia su error, su buen amo no le negaba nunca el perdón, que recibia el barbero derramando abundantes lágrimas; pero al dia siguiente se repetia la escena que concluia con la misma reconciliación.

Estos seres tan diversos partieron para América, y desembarcaron en la Nueva-Orleans para dirigirse al Illinois, adonde habian penetrado todavía pocos europeos. Al sacerdote lo llevaba el deseo de predicar en aquel país el Evangelio para convertir á los salvajes y hacer cesar los sacrificios humanos; el criado tenia curiosidad de ver la fuente de Jouvence (1), los cisnes de cabeza de toro, los lobos blancos y las jóvenes de tez roja.

Pedro habia hecho la barba en Francia á mas de una fisonomía tostada por el sol de la Luisiana; él habia tenido entre el pulgar y el índice mas de una nariz que habia aspirado los dulces perfumes de la Florida, la tierra de las flores; habia oido maravillas de aquel país; minas de oro donde este metal se encontraba en

(1) A la que se le atribuia el prodigio de rejuvenecer.

barras de treinta y cuarenta libras; lagos cuyas aguas rejuvenecian á los que se bañaban en ellas. Todo esto le parecia perfectamente creible; pero no podia concebir que las jóvenes fuesen rojas en un país donde los lobos eran blancos; ni que los bisontes (1) tuvieran barba, cuando los hombres no la tenían. El ejemplo de tanto aventurero convertido en gobernador ó príncipe, estimulaba su ambición.

No dudaba que él lograria también descubrir alguna region desconocida, y ya se consideraba como otro Colón, añadiendo á la corona de Francia muchos millones de súbditos. Ya se veia colmado de títulos y honores; el rey le creaba duque y par; el primer ministro le ofrecia su hija en matrimonio; pero él rehusaba la oferta, aunque fuese brillante, para guardar fidelidad á su querida Anita.

Anita, en verdad, no tenia fortuna, pero ¿qué importa? ¿No era él rico como Creso ó los Fúcares? El enriquecerá á Anita; él la cubrirá de joyas, él la pondrá tan alta como las damas principales, y la hará digna de él.

Así discurría Pedro, y nada en el mundo hubiera podido destruir sus brillantes ilusiones. Esperando el ser un gran señor, continuaba manejando la navaja y los peines; él afeitaba semanalmente á toda la tripulación del buque que lo llevaba á América; y cuando la mar estaba en calma, bailaban los marineros al son de su flauta.

Hélo en la capital de la Luisiana, al borde de su paraíso terrenal. Por desgracia los placeres de este paraíso tienen algunas espinas; el suelo de este Eden está sembrado de serpientes de cascabel, la atmósfera está cubierta de mosquitos, y la fiebre amarilla se lleva á un hombre en veinticuatro horas, sin que nadie haga caso. Esto despeinó un poco el entusiasmo barberil, pero no encentó su fe en sus futuros elevados destinos.

Desde los primeros dias de su llegada á la Nueva-Orleans, el padre Francisco habia tratado con mercaderes de pieles y con cazadores que debian remontar el Misisipi hasta el país de los Illinois. La expedición partió en lo mas fuerte del estío; el viaje fué largo y agradable. Por la noche se amarraban las barcas á los árboles de la orilla; erigianse tiendas en el bosque; se hacian hogueras; se comia caza muerta á dos pasos, en las selvas todavía vírgenes.

Los indios, sorprendidos con el color de los europeos, aterrados por sus armas, los consideraban como á seres sobrehumanos y les ofrecian votos como á dioses; ó bien los consideraban como demonios, y huian á su aproximación dando señales de espanto y miedo.

La naturaleza de América desplegaba á la vista de nuestros viajeros toda su magnificencia. El profundo río, tan claro como el cristal, corria con un movimiento lento y casi imperceptible, que no dificultaba la navegación; los innumerables árboles que guarnecian las márgenes ofrecian grata sombra á los barcos, preservándolos del ardor del sol; el cisne bogaba pacíficamente sobre el espejo azul que reflejaba la nieve de sus alas; el parlero papagayo, el ave juguetona saltaban de rama en rama y parecia que celebraban la venida de los extranjeros que visitaban su retiro favorito.

Mil árboles cargados de frutas mojaban sus ramas en el río, y la salvaje vid, abrumada bajo el peso de sus racimos, parecia que excitaba la codicia del viajero. Gamos y ciervos de graciosos cuernos enredaban sus cornamentas en las ramas de los árboles; los toros bajaban á beber en la límpida onda; nubes de pajarillos guarnecian la playa ó surcaban el cielo.

Cuando llegaron al Illinois entraron en un pueblo donde fueron recibidos con las mayores muestras de la mas cordial hospitalidad. El *sachem*, rodeado de sus consejeros y guerreros abigarrados de brillantes colores, y con plumas en la cabeza como signo de paz, les salieron al encuentro y fueron convidados á comer y á alojarse en el palacio del primero, palacio que era una cabaña de tierra y de cañas. Sirviéronse una comida compuesta de jorobas de búfalo, colas de castor, cabezas de ciervo y perrillos asados con grasa de oso. El padre Francisco tan sensible á los placeres de la mesa como á los de la beneficencia, no dejó de honrar tan espléndida comida; pero, por no perder el hábito de predicar, dirigió á sus huéspedes, en tanto que probaba sus manjares, un sermón contra la incontinencia, despues del cual procuró hacer comprender al rey y á su corte que, para que las viandas sean exquisitas, es menester ponerlas pimienta, sal y otros ingredientes de que no tenían noticia estos pueblos primitivos.

Pedro alabó mucho la comida, excepto los perrillos. No podia él concebir que se comiera un animal que, por su inteligencia, está tan cerca del hombre; á sus ojos era casi tan malo ser comedor de perros como de hombres. El hubiera preferido un cochinito ó un conejo, y al efecto los recomendó á la atención del cocinero de la corte.

Despues de la comida, los salvajes ofrecieron á los dos franceses diferentes presentes, entre otros plumas de pintadas aves, pieles de zorro y de marta, de cocodrilo y de culebras, y una docena de jóvenes de quince á diez y ocho años. El buen fraile aceptó los cocodrilos y las serpientes, y rehusó las doncellas; el barbero hubiera hecho á haberse atrevido, todo lo contrario, pero una mirada de su señor le recordó su deber.

— Dos siquiera, dijo Pedro, me contentó con dos solas.

— Ni una, repuso el inexorable misionero, con gesto imperativo.

(1) Toros.

— Es por mera curiosidad, dijo Pedro, para enseñarlas en París.

— Si tal es tu deseo, dijo el fraile, toma un loro, un búfalo, una culebra de cascabel ó cualquiera otro animal que te acomode; yo te lo permito, pero las muchachas, no.

Concluidas las exhortaciones del padre Francisco, fué conducido este á un cuarto donde se reclinó sobre pieles de bisonte para hacer la siesta. Mientras dormía, algunas mujeres le hacían aire con plumas de cisne, y espantaban los mosquitos con colas de ardillas.

Cuando nuestro misionero se creyó dueño del afecto del rey y del pueblo, intentó hacerles conocer el objeto de su viaje, y ensayó el orientarlos sobre las ventajas de la civilización; enseñóles la luna á través de un telescopio, y les explicó el uso del reloj y de la brújula. Los illinois tomaron aquellos instrumentos por animales, y trajeron provisiones para alimentar aquellas fieras, desconocidas en el país.

Las lecciones de astronomía los divertían mucho, pero mientras el padre les enseñaba el curso de los astros, aquellas gentes le desocupaban los bolsillos con la destreza de los mas hábiles rateros de Europa.

— Este pueblo, decía Pedro, no está por lo visto tan atrasado como suponíamos; casi está civilizado.

Al día siguiente por la mañana Pedro fué á llevar el auxilio de su arte á los jóvenes de la ciudad que se vestían en el bosque, á orillas de un riachuelo. El adorno de los del Illinois consistía en picarse la piel y pintársela de diferentes maneras, y en engalanarse con plumas de ave. Pedro peinó á los hijos del rey con un gusto que maravilló á toda la corte; luego los pintó con una riqueza de colores, sin ejemplo en aquel país. Hechas estas operaciones y la de la barba, les permitió contemplar cuanto quisieron sus navajas, sus peines, su espejo y demás útiles. Desde aquel momento consideraron á Pedro como un gran *sachem*, y si no lo colocaron del todo á la altura del padre Francisco, por lo ménos juzgaron que era su profeta.

El ruido de su habilidad llegó á oídos del rey. Este príncipe quiso ver los utensilios de Pedro; el espejo llamó mucho su atención. Su hija, que se llamaba Estrella de la Mañana, se quedó estupefacta y no pudo prescindir de echarse á los piés del poderoso mortal que poseía tan prodigioso talisman. El rey se complacía de tal suerte en mirarse en aquel cristal plateado, que significó á Pedro que le daría á su hija en cambio del espejo.

— ¡Viejo necio! dijo Pedro.

Pedro no se decidió en seguida. La oferta le lisonjaba; no se le figuraba muy indigna de él; veía con gusto que el rey había sabido apreciar su mérito, pero no podía olvidar á Anita.

— ¿Qué será de ella, decía él, si sabe que me caso? morirá de desesperación, y será mi décima, mi duodécima víctima. La conciencia me remuerde mucho...

Reflexionando de este modo se fué á la cama y se durmió. La almohada es buena consejera. Cuando se levantó había mudado de parecer. Había calculado que al cabo Anita no era mas que una costurera, y que él podía casarse con la hija de un rey; que quizá no regresaría á Francia; que aun en tal caso tendría necesidad de renunciar á la mano de Anita; y que un matrimonio salvaje, en último apuro, no era valedero al otro lado del Atlántico. Además, cuando fuese yerno de un rey, podría llamar á Anita á su lado, colmarla de riquezas, y casarla con alguno de sus servidores.

Otras razones lo impelían á aceptar la mano de la princesa. Por este matrimonio abría la América Central á los europeos, y en particular á sus compatriotas; ponía á su disposición los tesoros de aquellas regiones, las minas de Eldorado, la fuente de Jouvence, los lobos blancos, los cisnes de cabeza de toro: en fin, podía secundar al padre Francisco en su obra de conversión, y abolir la costumbre del país de ir desnudo y comer pernillos. Ya consideraba á los del Illinois vestidos á la francesa, con zapato de hebilla, calzon de seda, la cascaca de terciopelo y las pelucas empolvadas. ¡Qué triunfo para la filosofía y las luces!

Pero antes de todo quiso consultar á su amo. El padre Francisco se escandalizó con el proyecto de semejante matrimonio. Declaró á Pedro que no conocía pecado mas enorme que casarse con una pagana, y le negó su consentimiento. Pedro no hizo caso, y el matrimonio se verificó al día siguiente. La ceremonia nupcial fué breve y sencilla. El rey entregó su hija al extranjero, despues de lo cual los grandes de la corte dieron al novio un capirotazo en la nariz. Hecho esto, Pedro insinuó á su compañera que desearía dar un paseo con ella por el bosque, y le rogó que lo llevara á una mina de oro, porque tenía curiosidad de verla.

La joven le hizo un signo de asentimiento, y tomó saltando y riendo el camino del bosque. Como galante caballero, Pedro le ofreció el brazo, pero la graciosa princesa echó á correr á través de las zarzas y matorrales, dando saltos por encima de los árboles caídos, sacudiendo alegre su larga y flotante cabellera. El enamorado barbero la seguía lo mejor que le era posible, admirando á lo lejos su ligereza, comparable á la del corzo, su alegría inagotable. Pedro era vigoroso, listo y vivo como un joven de veintidos años, y durante algun rato rivalizó en agilidad con su esposa, de piés de gacela. Pero como no estaba habituado á este ejercicio, tropezando en troncos y piedras, no tardó en sentirse

fatigado. Cuando su mujer lo veía sentado, detenía un poco su carrera; ella le enseñaba el mejor camino, pero sin acercarse á él, y cuando este quería apoderarse de ella, partía como una flecha, mirándolo por encima del hombro, y riéndose al verlo apretar el paso. El barbero empezaba á juzgar la élanza un poco pesada; el sudor le corría por el rostro; maldecía su ambición, y se acordaba de su espejo. Ya iba á plantar á la hermosa y á volverse como pudiera á la capital de su reino, cuando vió de repente aclararse la selva, y aparecer una llanura interminable. Pedro no había visto *savanas*; por la vez primera vió una pradera americana con su terrible intensidad. Ni un árbol, ni una roca interrumpía la monotonía de aquel océano de verdura; solo se veía yerba de seis piés de alta, ondeando al viento como un mar agitado.

En este momento, el sol, en el término de su carrera, iba á desaparecer del horizonte que aun iluminaba con sus tibios y dorados rayos. Pedro creyó que aquella pradera, agostada por el sol del verano, formaba el límite de la tierra habitable; se figuró que se hallaba en el cabo del mundo. « Felizmente, dijo, he venido con un guía; sino por eso, me hubiera perdido. »

En tanto que así soñaba, descubrió en el lejano horizonte espesas columnas de humo que parecía que venían hacia él. Señaló el fenómeno á su novia, sentada sobre la yerba á algunos pasos de él, y le preguntó qué significaba aquello; pero no sabía bastante el illinois para comprender la respuesta de la joven, y se quedó con su incertidumbre. Como continuaba sus preguntas, y su turbación crecía en la proporción que la masa del humo, la bella princesa se levantó y tomó la dirección del Oeste. Caminaron durante una hora. Pedro se puso sario y dejó de hablar; su compañera pareció conformarse á este deseo, y se puso también pensativa. El le había cogido la mano sin que ella hiciera la menor resistencia. Marchaban á la par y silenciosos por el inmenso desierto, ella con los ojos bajos, él mirando con un ojo á su hermosa, y con el otro el singular espectáculo que despertaba sus sospechas y cuya causa no conocía.

El sol se había puesto, la brisa se había acallado, una calma mortal reinaba en la pradera. Pedro era preso de diversas sensaciones todas penosas. Aunque naturalmente atrevido, experimentaba un secreto terror: hubiera querido retroceder, pero juzgaba que era imposible. El incendio que tenía ante la vista le parecía el fuego del infierno que quería devorarlo; su princesa era un demonio enviado para seducirlo y para castigarlo por haber desobedecido los consejos de su amo. Las sombras de la noche eran cada vez mas espesas. Habían subido á una eminencia por una pendiente tan suave, que no se apercibieron de ella hasta que se vieron en la cima, desde donde se apercibía un extenso horizonte. El velo de la noche no ocultaba los objetos, pero los confundía; el ojo no distinguía ya ninguna de las ondulaciones de la llanura. Pedro tenía delante un espectáculo sin igual; la *savana* brillaba con resplendor sobrenatural, mientras que, en primer término, se hallaba envuelta en una oscuridad profunda. Un frío glacial circuló por las venas del pobre barbero; miró á su compañera y vió una sonrisa burlona en los labios de la joven. Entretanto el fuego era cada vez mas vivo, y el humo mas denso y negro. El fuego había encendido todo el horizonte, las llamas brotaban y se extendían ocupando mas de la mitad, y se lanzaron hacia arriba con la rapidez de un torrente irresistible.

Pedro no había oído hablar nunca de los incendios que devastan las praderas de América en el otoño; y no tenía bastantes conocimientos para atribuir á una causa natural este fenómeno.

El océano de fuego avanzaba siempre por el océano de verdura. Llamas azules, rojizas y amarillas serpenteaban sobre el suelo ó formaban en los aires columnas ó espirales. Un ruido sordo, un rechinar terrible se oía en toda la llanura, como si la tierra viera destrozadas sus entrañas por algun volcan en erupción.

Pedro creyó ver el infierno abierto ante él. Distinguía en las llamas demonios, espectros, cocodrilos, serpientes gigantescas bailando y abriendo su enorme boca para tragárselo. Uno de aquellos seres fantásticos pareció que se arrojaba sobre él extendiendo sus largos brazos de brasa y haciendo vibrar su triple lengua encendida. Pedro creyó ver á Anita, cuya imagen amenazadora iba á castigarle su perjurio. Dió un grito espantoso, bajó precipitado la colina, y se puso á correr con la ligereza de una antilope. El miedo le había restituido la agilidad á sus piernas; sin embargo, tal priesa tenía de hair de aquel lugar, que le parecía que tenía plomo en los piés.

La india palmoteó y echó á correr riendo á carcajadas. Aquella risa, que lo alegró por la mañana cuando penetraron en el bosque, le producía el efecto de una amarga ironía. Corría como si tuviese alas; la joven lo seguía con dificultad. Saltaba como un gamo troncos y piedras; salvaba los zarzales como un corzo; las espigas se le clavaban en las carnes, los guijarros se metían en sus zapatos, pero por eso no mitigaba su marcha. Por último, faltar de aliento, herido, estropeado, chorreando sudor y sangre, llegó á la capital de su imperio. Entró en la primera barraca que halló abierta, tendióse en el suelo y se durmió.

La joven india se quedó á su lado toda la noche. Puso bajo su cabeza un cogin de pluma, lo cubrió con una piel, y abuyentó los insectos de su frente. En una pa-

labra cuidó á su marido como una mujer afectuosa y solícita.

Cuando Pedro se despertó, su fatiga había desaparecido, pero su terror duraba todavía. Levantóse como un furioso, y resistiendo los abrazos de la princesa, corrió á la playa con ánimo de ver si podía salir de un país tan maldito. Sus camaradas, irritados con su matrimonio y alarmados con su súbita desaparición, habían abandonado la costa y se habían embarcado en sus barcos, que vogaban á velas tendidas cuando el barbero se presentó en la orilla. Gritó para que lo recogieran; pero como no lo escucharan, se arrojó á nado, llegó á un barco y subió en él con todas las muestras del mas profundo pesar. Refirió á sus compañeros que había visto el infierno, el lago de fuego, á Satanás y los condenados, al padre Francisco, á Anita, y que solo por milagro se había librado de la muerte. Los viajeros creyeron que era una traición de los del Illinois, y se juzgaron felices de poder alejarse sin embarazo.

El desdichado barbero guardó cama todo el tiempo que duró la navegación del Misisipi. Tenía una calentura fuerte que no se le quitó hasta que se halló en el Océano á bordo de un buque que se daba á la vela para Francia. Entónces recobró sus sentidos y alegría. Pero había perdido sus ilusiones. Ya no creía en la fuente de Jouvence, ni en las minas de oro. Ya no pensaba en hacerse marqués ni rey. Estaba harto de las grandezas. Cuando se le hablaba de los proyectos antiguos, se callaba y se ponía melancólico. Recobró la afición á su oficio de barbero, tan desdeñado por él poco hacia, y en vez de pensar en la hija del primer ministro, se contentaba en tener por mujer á la modesta costurera Anita.

Pero Anita no podía ser ya suya. Cansada de aguardar al caprichoso barbero, Anita había dado su mano y su corazón á un discípulo de Vatel. Habían puesto una pastelería que contaba ya con bastante parroquia, gracias á la buena mercancía y al donaire de la pastelera. Pedro recibió esta noticia con la firmeza de un hombre que tiene el corazón acostumbrado á los golpes de la fortuna severa. « ¡Preferir á un marmiton! exclamó. ¡Así son las mujeres! ¡Al fin, yo la había sacrificado por una princesa! » Trató la infidelidad de Anita tan mal como merecía serlo, y se fué á comer pastelillos á su tienda.

Pero su viaje á América le fué muy útil. Todo el mundo quiso ser afeitado por el barbero que había viajado tanto y había sido yerno de un *sachem*. La narración de sus aventuras encantaba á sus parroquianos. No se le olvidaba nunca el contarles y describirles los horrores y estragos del lago de fuego, añadido desde entónces á la lista de las maravillas naturales del Nuevo-Mundo.

Estrella de la Mañana siguió á su marido hasta la orilla del rio, y lo vió partir con sentimiento. Ella acompañó con la vista los barcos de los europeos cuanto pudo, y despues que desaparecieron en uno de sus recodos, se sentó sobre el césped, y ocultó la cabeza entre sus manos. Sus compañeras respetaron su dolor, la dejaron sola, y ella prorumpió en llanto por su vergüenza y abandono. Ella había sido vendida á la faz de toda la tribu; su esposo la había engañado y huido de su lado con horror y disgusto. No sabía á qué atribuir la conducta del extranjero. Por mas que examinaba la suya respecto de él, no descubría en ella nada que justificase semejante perfidia. Ella lo había amado; ella lo amaba todavía; él aparentaba corresponderle, ¡y la había abandonado!

Herida en su honor, en su dignidad, en sus mas tiernas afecciones, la hermosa salvaje no pudo soportar la vista de sus parientes ni de sus amigas. Trasladada moribunda al palacio de su padre, vivió todavía en él algunos meses en la soledad, el llanto y el duelo, y bien pronto un montecillo de césped cubrió los restos de la interesante y preciosa amante de Pedro. El montecillo se llama hoy todavía por el nombre de la princesa, el *Montecillo de la Estrella de la Mañana*.

Sabemos de Tromso, al Norte de la Noruega, que un buque expedido de aquel puerto para ir á pescar en el mar Artico, al rededor del Spitzberg, acaba de volver en un estado muy singular. Mientras que casi toda la tripulación había partido en la lancha con el capitán para la pesca, el buque fué impelido por el viento y los hielos á la mar ancha, y los dos hombres que se habían quedado á bordo, no pudiendo dirigirlo de manera que pudieran navegar hacia la playa, se vieron obligados á dejarlo marchar con el viento. Muy pronto llegaron á las costas de Noruega. Juzgándose los demás marineros perdidos á su regreso, si permanecían en la isla, expuestos á los rigores de un clima ártico, sin ningun medio de subsistencia, resolvieron dirigirse á su país en la lancha. Su heroica tentativa fué coronada de un éxito feliz, porque á 10 millas próximamente del cabo Norte fueron recogidos por un barco que iba á Hammerfest, y desde allí volvieron á Tromso en un vapor. Fácil es juzgar de las dificultades y los padecimientos que sufrirían en su larga navegación por el mar Artico, si se considera que su lancha carecía de velas, y que no tenían mas alimento que la carne cruda de un oso blanco, sin mas agua potable que la que podían recoger cuando llovía.

Trajes de Roma. — Recuerdos de un viajero.



Eclesiástico.



Discipulos de los colegios.



Vicario de coro



Capuchino.



Viajero inglés.



Fraile.



Caballero romano



Criados de los miembros de la Consulta romana.



Portador del papa.

Trajes de Roma. — Recuerdos de un viajero.



Oficia de las guardias suizas.



Soldados de la guardia suiza.



Alferez de las guardias suizas.



Gendarma.



Pescadores.



Dragon



Guardia-noble.



Bombero y Caminero.



Cívico.

El 4 de julio en Boston.

6 AVENTURAS DE BEN JONES.

— ¿Supongo que acaba Vd. la obra esta semana? dijo M. Morton a Ben Jones.

— Fácil sería, sino por el 4, respondió Ben, y Vd. sabe, caballero, que celebro siempre el glorioso aniversario de nuestra independencia.

— ¿Qué piensa Vd. hacer este año? No hay regocijos públicos aquí.

— Lo sé, debiera darles vergüenza. Cuando se trata de gastar un dollar, parece que se trata de arrancarles una muela. Pero poco importa. Yo iré a Boston con mi mujer a ver los fuegos artificiales.

— ¿Qué hará Vd. de su familia?

— ¡Oh! la llevaré conmigo. No tengo mas que dos niños, como Vd. sabe, y el uno, el niño se anda solo. Con tal que no haga mucho calor... ¿Ha visto Vd. fuegos artificiales, señor Morton?

— Sí, muy a menudo.

— Yo nunca. ¿Es cierto que es un espectáculo tan curioso como dicen?

— Merece ser visto.

— Eso pensaba yo, y mucho tiempo hace que se lo tengo ofrecido a mi mujer. Supongo que nos va a costar caro, pero a la vuelta trabajaremos de firme.

Una magnífica aurora inauguró el día 4. El sol se levantó encendido, y empezó su carrera a través de un cielo sin nubes. Los tornasoles levantaron su cabeza bañada de rocío, y olas de armonía salieron de entre el follaje para saludar su aparición.

— Soberbio día, dijo Ben.

— Soberbio, repitió su mujer, y creo que debemos partir cuanto antes.

— Sí. Me han dicho que la locomotiva no aguarda a nadie, y conviene que vayamos pronto para coger buen sitio.

Ben se puso su vestido de gala. Su mujer estaba orgullosa viendo a su marido con su casaca corta de paño azul burdo, con botones dorados; ella creía que tenía con él aires de caballero. Fácil es comprender su sorpresa, cuando vio que Ben se quitaba la casaca azul y se ponía una chaqueta de nankin.

— ¿Qué haces? le preguntó ella.

— No tengo gana de armarme, y hoy hará tanto calor como en un día de elecciones.

— Yo no voy contigo, si vas de chaqueta. Buen papel harías en Boston. Pensarían que eras un marinero.

— No me ofenderé por eso.

— Y yo sí.

— Eso es otra cosa; si te disgusta no me la pondré.

Ben era un hombre excelente. Púsose su casaca azul, y su mujer vistió a los niños. Tim enganchó el caballo a la carreta mientras Ben preparaba el desayuno, que fué servido en una mesa redonda en la cocina.

Era un buen almuerzo, compuesto de café con leche, huevos y manteca, puerco en fiambre, patatas, y tarta de manzanas. Feliz familia era la que estaba sentada a la mesa. El sol no alumbraba grupo mas dichoso.

Nuestros amigos almorzaron de prisa, porque se les figuraba que oían a cada paso el silbo de la locomotiva, y se decidieron a partir.

Tim colocaba los niños en la carreta, y Ben Jones cerraba la puerta con llave, cuando le ocurrió una idea luminosa.

— ¿Que me coma el lobo, si no creo que haría bien en llevar la caldera de mi abuelo!

— ¿Para qué? preguntó su mujer; no podrás lograr que ande.

— Creo que sí, si tengo cuidado de menearla de vez en cuando.

Ben entró pues por el reloj de plata, y puesto en movimiento y hora, lo metió en la faltriquera.

Cuando volvió, agradó a su mujer el efecto de la cinta de seda y la llave de acero, que casaban tan bien con el traje dominguero. Tan ocupada se hallaba del buen aspecto de su marido, que habían andado media milla antes de que observara que Ben había dejado el saco al coger el reloj.

— Tan cierto como que vivo, Ben, dijo ella, te has dejado el saco, y no podemos pasarnos sin él: todos los chismes de los niños están dentro.

— A fe mía que sí. ¡Vaya un lance! corre a casa, Tim... No, llegaríamos tarde. Sigue, yo voy a buscarlo, y os alcanzaré muy pronto.

Ben tuvo la discreción de quitarse la casaca antes de echar a correr. Tim iba despacio. El viejo dob, cuyo freno andaba flojo, atrapaba sus bocados de margaritas a orillas del camino, con mucho contento de los niños. Dábales mucho gusto el arrear a dob despues que hacia su agosto; — la niña blandía el látigo, y el joven Ben sacudía las riendas que apenas podían sostener sus manos. Tim y la señora de Jones reían cordialmente viéndolos; las mariposas parecía que se divertían también, porque revoloteaban por uno y otro lado con sus alas doradas sin alejarse jamás; y los pájaros saltaban gorjeando de rama en rama. Una empresa notable del joven Ben suscitó una carcajada estrepitosa, en medio de la cual, los alcanzó el viejo Ben.

Respiraba como un caballo de carreras, y el sudor corría por su frente en abundancia; pero traía el saco y estaba satisfecho de haberse incorporado con su familia. Viendo que todos reían, rióse él sin saber de qué. Quizá en todo el día no tuvieron momento mejor nuestros amigos.

— ¿Qué hora es? preguntó a su marido la señora de Jones.

— Las siete han dado, respondió Ben, sacudiendo el reloj. ¡Caramba! Vamos a llegar muy tarde. Tim arrea lo que puedas, mientras yo me refresco.

Dob corrió lo que pudo, y cuando llegaron a la estación eran las siete y cuarto en el reloj del camino de hierro. Por el cronómetro del abuelo habían andado tres millas en cinco minutos.

El convoy no pasaba hasta las ocho, y aquel día se atrasaría tal vez, pero el embarcadero estaba lleno, y la familia Jones no pudo hallar sitio en el interior. La señora de Jones se sentó en la rampa, y los niños andaban tan revoltosos como terneros desliziéndose por ella y teniendo en alarma a su madre, que temía los rails como una escopeta cargada. Despues de haber sido agarrado por la cintura, el joven Ben se irritó de que no lo dejaran libre el día de esta gloriosa jornada del 4. Empezó a gritar con todas sus fuerzas, y quiso a toda costa que se le permitiera rodar por la arena. La madre se opuso a causa del traje nuevo, y para restablecer la paz, el padre se vió obligado a tenerlo en los brazos por espacio de una hora. Entretanto el sol seguía su carrera por la atmósfera azul, lanzando vívidos rayos. Ben comenzaba a sentirse incomodado con su casaca. — Sino por mi mujer, decía en voz baja, yo me hubiera puesto la chaqueta, pero no tiene remedio; en el vagón tendré acaso menos calor. Pronto entabló conversacion con sus vecinos, y estos le hicieron tan brillantes descripciones de los fuegos artificiales, que su entusiasmo se despertó, y las incomodidades presentes se desvanecieron ante la esperanza del placer futuro.

Entretanto su mujer continuaba sentada sobre la rampa al sol. Sus guantes perdían ya el color primero; por evitar el mismo inconveniente desató las cintas de su sombrero, porque la sombrilla no bastaba para protegerla a ella y a su hija. Dob comía a la sombra de una casa vecina alguna yerba; hasta entónces él era el mas feliz de la partida, apesar del rudo ejercicio que había hecho.

Por fin se oyó el agradable silbido de la máquina. Todos se precipitaron hácia la vía a fin de entrar los primeros. Ben se encargó de los dos niños y del saco, de modo que su mujer no tuvo otra cosa que hacer que impedir que cayeran bajo las ruedas. Antes de colocarse hubo la confusion y los codazos que son comunes en tales circunstancias. Ben no halló en los vagones mas que un asiento que cedió a su mujer.

— Toma a la niña y el saco, le dijo él; yo me quedaré en pie junto a tí con el niño y los billetes.

Ahora bien, despues de un paseo de una hora al sol, y la carrera que había dado, estar en pie y con el niño en brazos, é ir así hasta Boston, era fatigoso aun para las fuerzas de Ben. No por eso dejó de conservar su buen humor, y a los que buscaban asientos, les decía jocosamente.

— Aquí hay sitio.

— Tenga Vd. bien su sombrero, vecino, y yo creo que así podremos ir.

— Sí señora, aquí hay lugar, aun podemos apretarnos un poco. Esto es una vez al año dijo a un gruñon; Dejémoslos entrar. No haga Vd. caso, apóyese Vd. en mí, dijo a un anciano; pronto nos llevarán como en el viento.

Pero el convoy no corría lo que Ben esperaba. Parábanse en todas las estaciones, donde aguardaba un inmenso gentío. A cada nueva hornada, Ben reía como un loco, y hacia reír a los demás con las exclamaciones que se le escapaban. Divertía sobre todo mucho a una dama sentada junto a su mujer.

— Debe Vd. estar fatigado, le dijo ella, ¿quiere Vd. darme el niño?

— Gracias, señora, pero el niño es tan medroso con los que no conoce, que me temo que no quiera. ¿Quieres sentarte en las rodillas de esta señora?

— No.

— ¡Oh! no importa, ya lo sabía yo. Los niños tienen miedo a todo. Pero pronto llegaremos.

— ¡Oh! no, replicó la dama. Aun tardaremos mas de una hora.

— ¡Cáspita! dijo Ben a su mujer; me quedará memoria de este día.

— Tal vez la niña quiera venir conmigo, dijo la dama desconocida, y en ese caso la madre podrá tomar el niño.

Ella deseaba prestar este servicio a Ben. La niña dijo que sí, y Ben se vió aliviado de su peso.

— Este niño pesa mucho, dijo a su mujer, cuando volvamos voy a ver las libras que tiene.

A la estación siguiente se agregaron otros vagones, y hubo asiento para todos. Ben se sentó a la portezuela en frente de su mujer, y se puso a jugar con su niño. Cogió el sombrero de paja que cubría su cabecita, jugó con él al escondite, é hizo muestras de quererlo tirar por la ventana. De repente una ráfaga de viento se lo llevó.

— ¡Diantre! ¡Eh! ¡oh! ¿se ha visto jamás rapidez semejante? voló.

— ¡Alto! gritó su mujer por la ventana, alto, si Vd. gusta.

— Seria inútil, dijo su vecina, estamos como a media milla.

— ¿Quién se lo había de figurar? dijo Ben. Hijo mío, será preciso tener la cabeza al aire, no hay remedio.

— Justamente era nuevo, dijo su mujer, prorumpiendo en llanto.

— De qué sirve llorar, dijo Ben, ¿cuándo se ha derramado el vino? En Boston le compraremos otro; no hay que afligirse; el sombrero le estaba pequeño. Ven que te ponga mi pañuelo.

Ben sacó su pañuelo de algodón encarnado, y lo rodeó sobre los blondos cabellos de su hijo.

— ¿Mira, no está mejor así, mas bonito que con el sombrero?

— Muy bien parece, dijo la dama vecina. Debiera Vd. hacerlo retratar con este adorno.

Esta galantería apaciguó a la madre, y sus lágrimas cesaron.

La locomotiva devora el espacio aun cuando va lentamente. Nuestros amigos llegaron a Boston, y pronto se perdieron entre la multitud.

Ben no podía desembarazarse de los cocheros; en su fisonomía había algo que los atraía. ¿Quiere Vd. este carruaje? ¿Este otro? Yo lo conduciré a Vd. bien.

Ben al principio se reía y explicaba porque prefería ir a pie.

No, gracias, estamos muy cerca de casa de mi primo. Pero cuando vió a un caballero que repartía golpes de paraguas a los cocheros en vez de responderles, dejó de dar explicaciones y se contentó con menear la cabeza negativamente. Un cochéro tenaz lo siguió y le dijo: por aquí, caballero, aquí hay un coche.

— Os digo que no lo quiero, respondió Ben.

— Los llevaré a ustedes bien.... vamos, suban ustedes; ¿tienen ustedes equipaje?

— Equipajes vivos, nada mas.

— ¿Dónde vamos, caballero?

— A casa de mi primo, calle de T...

— Bien, señor, sé donde es, al otro lado de la ciudad, voy a llevar a ustedes en derechura.

— Gracias. Vamos a subir, puesto que insistís. Supongo que no nos cobrará Vd. nada.

— Nada mas que un dollar.

— ¡Un dollar! ¡diantre! No lo pagaré yo hasta que sepa donde nacen.

— ¿Pensaba Vd., imbécil, que lo llevara de valde? dijo el cochéro.

— La culpa es vuestra, dijo Ben; yo os he dicho que no quería el carruaje, y habeis seguido pegado como una sanguijuela.

El cochéro se fué gruñendo; Ben y su familia continuaron sin saber a donde iban. Al doblar la esquina de la estación volvieron a encontrar a la dama que les había hablado en el vagón. Se había levantado el velo, y Ben creyó no haber visto jamás mujer mas preciosa.

— ¿Dónde van ustedes? ¿a comprar un sombrero al niño? preguntó la dama sonriendo graciosamente.

— Esta era mi primera intencion, y luego he juzgado que seria mejor ir antes a casa de mi primo. Vive calle de T...

— Eso está tan lejos como Roxbury. Mas le vale a Vd. ir a comprar un sombrero a la calle de Washington; y despues pueden ustedes tomar un ómnibus por diez cents.

— ¡Diez cents! ese pícaro me pedia un dollar! (4).

La dama se sonrió, y cogiendo de la mano al niño del pañuelo encarnado, que ya no se asustaba de ella: yo llevo el mismo camino, dijo, vamos juntos.

La mujer de Ben estaba hechizada, y se mostró muy comunicativa. Contóle el estado de su guardarropa, y le consultó acerca de la tela que le convendría preferir para un vestido de día de fiesta. La dama le dió con gusto su parecer, y le indicó donde podría comprarlo. El camino le pareció muy corto.

La dama entró con ellos en la sombrerería. El dueño la saludó cortesmente. Pidióle ella un sombrero barato. Pero no fué cosa fácil para el sombrerero tomar la medida del niño, que se ocultaba detrás de la dama.

— Vamos, Benny, dijo su madre; ¡vén aquí! Benny no hizo mas que asomar un ojo azul entre el pañuelo y el vestido de la dama.

— Está enamorado de ella, dijo el viejo Ben; no hay que incomodarle. La dama sacó su reloj: necesito dejar a ustedes, dijo ella; veo que me se ha hecho tarde. El sombrerero hará parar el ómnibus de Roxburg. Yo tengo billetes... aquí tienen ustedes dos, si ustedes gustan.

— No los quiero de valde, dijo Ben. ¿No haría Vd. mejor en guardarlos?

— No, porque tengo mas.

— En ese caso, se los pagaré a Vd., dijo Ben sacando su bolsa de cuero.

— De ninguna manera, repuso la dama sonriendo; saludo a ustedes.

Y salió de la tienda. Ben la siguió con la vista, y olvidó completamente el sombrero. Le pareció que acababa de ocultarse una estrella del firmamento. « Por el cielo, dijo, que esta es la dama mas verdadera que jamás he visto. »

Su mujer se enjugaba las lágrimas como si hubiera perdido una amiga, figurándosele que se hallaba aislada en aquella ciudad.

— ¿Qué clase de sombrero quiere Vd.? preguntó el sombrerero, que no estaba para perder el tiempo en escenas sentimentales.

— Una cosa barata, lo bastante para cubrir la cabeza, respondió el padre. Despues de un largo diálogo, el sombrerero le propuso uno de un dollar.

Solo medio satisfechos salieron de la tienda, cuando acababa de llegar el ómnibus. Todos deseaban volver a ver a la dama, porque les parecía que no alumbraba la luz desde su partida. La señora de Jones la buscaba entre la multitud. En cuanto a Ben, concluyó por recobrar su buen humor, y comenzó a hacer observa-

(4) Diez cents son unos dos reales y medio de vellon, y un dollar 20.

ciones sobre la ciudad y los habitantes. Sus grotescas chanzas hacían sonreír a los viajeros del ómnibus. Ben le dijo a un caballero que entabló conversacion con él, a qué había venido a Boston, y a dónde iba.

— Si Va Vd. a la calle de T... necesitará Vd. apearse en seguida.

— Ya lo sé, dijo Ben; ¿pero cómo se para este carruaje? Yo no estoy acostumbrado a esto; no me acuerdo de haber sido trasportado jamás en ómnibus hasta hoy.

— Yo lo haré parar para Vd., repuso el caballero. Ben y su familia se apearon a la entrada de la calle de T... Pronto dieron con la casa de su primo.

Ben llamó.

— ¿Está en casa Simon Jones? preguntó Ben.

La criada irlandesa lo miró estupefacta y respondió:

— Aquí no hay nadie de ese nombre.

— Le digo a Vd. que sí, replicó Ben, y yo soy su primo que vengo a verlo.

La criada repitió que Simon Jones no vivía en aquella casa, y habló con tanta rapidez, que Ben no comprendió nada de lo que decía. Diciéndose pues a entrar a viva fuerza, cuando salió otra mujer que le dijo que Simon Jones se había mudado a la calle de A....

— ¿Está lejos de aquí?

— Unos tres cuartos de milla.

— ¡Diantre! exclamó Ben, es una desgracia. Yo esperaba hallarlo aquí; mis hijos están cansados, y no sé como hacer para ir hasta allá.

La mujer no respondió. En un día como el 4 de julio no quería que la molestaran unos campesinos. Ni siquiera les ofreció agua fresca, y cerrando suavemente la puerta, volvió a su cuarto.

— ¡Tanto peor! aquí descansaré, pues que hay sombra, dijo Ben. No sé cuánto daría por el pozal de agua fresca de nuestra casa.

— Y yo también, dijo su mujer. Me parece que voy a derretirme.

— Estoy seguro de que hubiera tenido calor hasta con la chaqueta, repuso Ben. ¡Qué bien me vendría soltar esta casaca! Estoy dentro de ella como una ostra dentro de la concha.

— Madre, me ahogo, dijo la niña, echándose a llorar.

Benny manifestó su opinión acerca del calor, quitándose el sombrero y tirándolo al suelo. Cualquiera hubiera creído que sus rizados cabellos blondos acababan de salir del agua.

— Creo que haríamos bien en marcharnos, dijo la mujer de Ben. El calor va en aumento, y las gentes nos miran como si fuéramos ladrones.

Dirigieron pues a la calle de A....

El caldero de Ben marcaba las once. El sol se desplomaba sobre las paredes que guarnecían el trayecto de nuestros amigos, encendiendo el aire y calentando el piso hasta quemarles los pies. Los niños lloraban y se negaban a andar. ¿Qué hacer? Ben se vió obligado a cargar con el niño y el saco, y su mujer tomó en brazos a la niña.

— ¡Caramba! exclamó Ben secándose el sudor que le corría por el rostro; nunca he sentido semejante calor. Mas quisiera estar en el monte segando yerba, y eso que allí hace buen calor.

La señora de Jones estaba como la escarlata. Por fortuna los dos eran buenos andadores, y llegaron pronto a la calle de A... una vez hallada la casa que buscaban, tocaron la campanilla.

— ¿Vive aquí Simon Jones?

— Sí, pero no está en casa.

— ¿Y su mujer?

— Los dos han salido junto y no volverán hasta la noche.

— ¡Vaya una buena suerte! dijo Ben. Yo soy su primo Ben Jones. Nosotros hemos venido a hacerle una visita y a ver los fuegos artificiales. Necesitamos a todo trance entrar a descansar un poco; de otro modo, no volverá a nuestra casa ni uno solo de nuestros pedazos.

— Entren ustedes, dijo la joven riéndose y abriendo la puerta de un precioso saloncito, fresco y sombrío. ¿No quieren ustedes tomar alguna cosa?

— Los niños beberían de buena gana un poco de agua, dijo la mujer de Ben.

La joven amable trajo agua helada.

— Cuidado, dijo esta, no beban ustedes mucha con tanto calor. Muchas personas han muerto por haber bebido estando acaloradas.

El consejo era muy discreto, y aquellos viajeros fueron bastante razonables para seguirlo.

— Bien quisiera darles a ustedes de comer, añadió la joven. Siento que M. Jones no esté en casa. ¿Quieren ustedes pan y queso? no puedo ofrecer a ustedes otra cosa.

— Sí, sí, eso es lo mejor que puede Vd. ofrecernos, dijo Ben.

— Tomado aquel bocadillo, Ben se arrellanó en el sillón y se adormeció. Los niños estaban tan cansados, que en vez de ponerse a jugar, se quedaron dormidos sobre la alfombra. La madre, viendo a todos tan tranquilos y sosegados, no tardó en seguir su ejemplo.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Novedades vistas en la primera representación de una comedia. — La felpilla está a la moda. — De los sombreros. — Las flores

de felpilla y la guirnalda de la Emperatriz. — Retroceso de los vestidos. — Dos trajes de baile, que recomendamos a nuestras lectoras. — De los corpiños Isabel de Baviera y de las faldetas plegadas. — Las mangas afolladas triunfan de las mangas aplastadas. — Trajes de vestir y capas para salir de baile. — Descripción del figurín.

En la primera representación de *Diana de Lys*, una preciosa comedia del hijo del famoso Alejandro Dumas, una mujer joven y hermosa atraía las miradas de todo el mundo en los entreactos. Llevaba un sombrero terciopelo *epingle* azul celeste, muaré de plata. El fondo era aplastado como antiguamente, pero muy caído hacía atrás. El ala llevaba una guarnición alta de blonda, que se repetía al rededor del borde. Dos magníficas plumas azules, con hilillo de plata, se destacaban sobre el sombrero con una originalidad elegante, formando una diadema graciosa hasta el último extremo. Por dentro del sombrero se veía una hermosísima guirnalda compuesta de flores de filigrana de plata y de rosas de mayo de plata que se dibujaban entre las blondas interiores. Una banda de terciopelo *epingle* azul, enriquecida con corolas de plata y pétalos de perlas azules, se adelantaba sobre la frente en forma de corona. El vestido de muaré antiguo blanco se hallaba adornado de bandas de plumas delicadas y blancas, como un ala de cisne.

El corpiño era subido, con faldetas del tiempo de Isabel de Baviera. Iba cerrado con botones redondos de diamantes.

Las mangas abiertas hasta el hombro dejaban a descubierto otras mangas interiores de afollados de tafetan azul, con dos volantes de punto de Inglaterra.

Los brazaletes consistían en una cinta azul con estrallitas de diamantes, cerrada con una piedra preciosa rodeada de un doble círculo de perlas finas y de diamantes. Luego llevaba otro brazalet formado de dos cintas de oro, esmaltadas de azul, sostenidas por dos broches de diamantes, de los que colgaban dos medallones redondos de dos matices azules diferentes; el uno azul claro con un lirio de brillantes, y el otro azul de Sevres con dos cifras de diamantes. Para salida de teatro llevaba una esclavina azul celeste sembrada de plumas.

Otra actualidad he visto que por cierto es bien antigua, pues se trata de un vestido de felpilla blanca.

— Muy pesado será eso, me podrán decir; pero no es cierto, cuando el vestido está bien hecho, y le lleva una señorita alta, delgada y elegante; al contrario, no hay nada más gracioso.

Además, la felpilla está muy a la moda, pues sirve para mil cosas; se hacen con ella esclavinas y se forran las batas, sin contar las ricas zapatillas para estar en casa, los corsés, los manguitos, etc., etc.

En cuanto a los corsés, es imposible imaginar otra cosa mejor que el descubrimiento de forrar las ballenas y todas las costuras con felpilla blanca.

Ahora paso a las generalidades de la moda.

Principiaré por los sombreros, y diré que se llevan tan pequeños, tan sumamente pequeños, que más parecen un simple adorno de cabeza, una papalina, que un sombrero. Pero así lo quiere la moda.

Voy a describir algunos, y con eso mis lectoras me comprenderán más fácilmente.

Primeramente hablaré de un sombrero Luis XV de tafetan blanco labrado, con lazos de cinta blanca sobre el ala, y una guirnalda de rosas caída sobre el sombrero, con un pequeño ribete Pompadour.

Después mencionaré otro sombrero, con fondo de encaje negro rizado, de modo que va suelto ese volante, lo que produce el efecto más caprichoso y distinguido.

El encaje muy alto y muy fruncido cae sobre una banda de terciopelo negro. El borde del sombrero es de terciopelo; el interior va afollado ligeramente. Lo que da a este tocado un aire original, es una guirnalda de espigas de raso color de violeta con yerba muaré, que cae en diadema al rededor del ala; estas espigas hacen muy bien con las de dentro, entre las cuales se distinguen algunos ramitos de pluma blanca.

También hablaré de una capota de muaré color de lila claro, compuesta de dos grandes sesgos de muaré, guarnecidos de blonda blanca, con un flequillo de pluma formando estrellas.

El primer volante de blonda sobresale por el borde del sombrero, y el segundo flota sobre el ala, encima se ven violetas de Parma de terciopelo y ramitos de primavera blancas.

Otro sombrero he visto de color de rosa, la mitad de tafetan y la otra mitad de terciopelo *epingle*. El ala guarnecida de blonda, va como abarquillada por un doble lazo de tafetan, muy voluminoso y con puntas flotantes.

Por último mencionaré un sombrero blanco que se distingue por un *ruché* de blonda, tan bien puesto que parece un copo de nieve. En este adorno consiste toda la gracia del sombrero. Por dentro, se ve por un lado un ramito de rosas blancas, y por el otro un afollado de blonda fruncida primorosamente.

Antes de abandonar los tocados, diré dos palabras sobre las guirnaldas de flores de felpilla.

La primera guirnalda de este género que he visto, se hallaba destinada para la Emperatriz; consistía en flores de geranio blanco, ligeramente rosado, con hojas naturales de crespón.

En cuanto a los vestidos, hay un retroceso; se llevan tan sumamente largos, que forman una cola de diez centímetros. Hémos ya otra vez en las colas; preciso es convenir en que para baile no hay cosa más noble y distinguida que un vestido largo.

Pero he aquí dos trajes de baile que recomiendo a mis lectoras.

El primero se compone de dos faldas de tul, con guarniciones de perlas blancas, sobre un transparente de gró blanco de Tours. Cada falda lleva una *ruche* de tul, sembrada de perlititas blancas.

El corpiño afollado y con *ruches* iguales a las de la falda tiene una gracia encantadora. Las mangas, apenas puedo hablar de ellas, pues son tan diminutas que casi cuesta trabajo distinguirlas.

El segundo vestido es de muaré color de rosa, con volantes del mismo color, de gasa cortados con ondas puntiagudas; en cada intermedio se ve una pluma rosada, con hilillo de plata.

El corpiño y las mangas llevan plumas.

Me acuerdo aun de otro espléndido vestido de seda con dos

faldas; la primera de gró blanco de Tours, con una guarnición de ricos ramilletes blancos en relieve; y la segunda verde-mar, enriquecida con todas las pedrerías y deslumbrantes arabescos de oro y mil colores del Oriente.

Los vestidos de calle siguen con faldetas, aunque se han hecho en ellos algunas modificaciones. Se ven corpiños abotonados hasta abajo de las faldetas, lo que representa perfectamente un corpiño del tiempo de Carlos VI; otros llevan faldetas enteramente fruncidas y plegadas. Este último género es para las señoritas altas y delgadas.

La transformación de las faldetas anuncia, por decirlo así, su decadencia. Nada es eterno en este mundo, ni aun las mangas aplastadas, que han sido vencidas por el género opuesto, como ya lo anuncié antes de ahora. Sin embargo, las nuevas mangas, a pesar de su originalidad, no reemplazan a mi juicio las de encaje.

Digamos dos palabras sobre las hechuras. Los modelos en moda son la esclavina y el talma, y también la *rotonda* de terciopelo ó de paño, que es infinitamente graciosa y juvenil.

Entre las últimas creaciones citaré las siguientes:

El *viajero*, especie de sobretodo de una tela gruesa, cuyo uso está bien indicado por el nombre. Es un ancho talma con mangas.

La *duquesa*, esclavina de terciopelo negro forrada de felpilla escocesa. El delantero es aplastado; la trasera lleva gruesos pliegues que se detienen en el hombro. Lo que da a esta prenda un sello distinguido, es una banda de plumas negras, puesta al rededor de la esclavina y sobre los contornos de las mangas.

Después vienen tres hermosas *salidas de baile* de terciopelo otomano. La una es de color oscuro bordada de palmas de oro; la otra blanca con palmas de plata, y la tercera negra bordada de oro. Las tres se hallan forradas de felpilla blanca.

Voy a detenerme un poco en otras dos deliciosas creaciones, la una fresca, rosada y bonita como una rosa de Bengala, y la otra tierna, ideal y azul como un recuerdo. La rosada es una capita de baile de gró de Tours, con guarnición de cisne blanco. El recuerdo azul es una esclavina de gró de Tours, también con guarnición de cisne blanco.

Terminaré con la descripción del figurín, donde se ve un conjunto de trajes de visita.

La madre joven que tiene a su niña de la mano, lleva un vestido de gró de Tours verde esmeralda sin ningún adorno en la falda. El corpiño, con faldetas, lleva una banda de felpilla negra que se repite en las mangas, compuesta de acuchillados de gró de Tours, con felpilla negra. — Esclavina de terciopelo negro, con adornos de muaré violeta, y bordados de arabescos de terciopelo negro. El alto de la esclavina forma una ancha pieza de hombro que termina en un fleco. — Capota de terciopelo verde y de encaje negro, con interior formado de flores de felpilla blanca y de cintas verdes.

La niña lleva un vestido de cachemira color de albaricoque, guarnecido con dos grandes sesgos de terciopelo. El corpiño lleva solapas de terciopelo que se continúan en faldetas recortadas. Los adornos de terciopelo que lleva por delante le dan a este corpiño una apariencia cracoviana. Mangas de tarlatana blancas, cerradas con puñitos bordados. Cuello rizado; pantalones bordados; botitas de terciopelo negro; peinado sencillo, compuesto de una trenza que da vueltas a la cabeza en forma de corona, y lazos de terciopelo blanco.

Viene después una mujer con un vestido azul con estampados de anchas palmas. El corpiño, algo abierto, lleva faldetas muy anchas. Las mangas también son anchas y van adornadas con palmas en relación con las de la falda. — Cuello mosquetero, con picos muy agudos. Mangas de ricos bordados. Capota de encaje negro, compuesta de volantes separados por sesgos de terciopelo. El fondo representa un ramillete de rosas que se esparce por los lados. — Brazaletes de oro esmaltado y grabado; guantes a la mosquetera, con dos botones.

Vizcondesa de RENNEVILLE.

Pizarras de Francia y del país de Gales.

En los diversos trastornos que ha sufrido el globo en que habitamos desde que una mano omnipotente le sacó del caos, las diferentes capas que componen la corteza terrestre han estado sometidas a movimientos tales que los terrenos primitivos se muestran muchas veces en la superficie del suelo, sin que el orden de estos terrenos se haya turbado por eso. Así, la pizarra de que vamos a hablar, forma parte de esos terrenos de transición media, los cuales se hallan inmediatamente sobre los de transición inferior, y estos sobre el granito que es la base principal de la corteza del globo.

Y sin embargo la pizarra asoma a la superficie de la tierra a pesar de que su formación es de las primeras de los muchos terrenos que la cubren hasta las capas exteriores. Esto consiste en que los grandes trastornos que han dado origen a las montañas y a los valles, han podido muy bien por un inmenso esfuerzo volcánico hacer surgir una de las rocas más internas sin por eso turbar el orden de los terrenos... Un ejemplo de esto se halla en la cadena de los Pirineos que debe su nacimiento a la acción del fuego. El granito ocupa el eje principal sobre una gran parte de su longitud y forma las puntas más pronunciadas de las montañas. Los terrenos de sedimento que son tres y todos diferentes se levantan a cada lado de dicha cadena de modo que en Francia la inclinación de las capas es hacia el Norte, y en España hacia el Sur, pero cada una de estas puede seguir la sucesión de los terrenos que en el estado primitivo cubrían el granito.

No hablarémos más sobre esta inagotable materia, y nos limitaremos a hacer constar que la pizarra hace parte de los terrenos de transición formados por sedimentos depositados sobre el granito anterior a la for-

macion del calcáreo-carbonífero. Estos terrenos de transición forman sobre poco mas ó ménos un décimo de la superficie de la Francia: al Norte de la Loire constituyen tres depósitos, el de la Mancha, el de Rennes y el de Finisterre; cada uno de estos depósitos es notable por su naturaleza particular que los geólogos han designado bajo diferentes nombres. En Ardenes el terreno presenta el aspecto mas grandioso y pintoresco donde se encuentra no solo la pizarra explotable, sino bancos de rocas exquisitas con todos los caracteres de la pizarra. El suelo del país de Gales presenta una gran semejanza geológica con el del Norte de la Loire, encontrándose allí la misma sucesion de terreno y de rocas.

La pizarra explotable es una modificación de la exquisitez arcillosa que tiene la propiedad de estar formada por hojas largas, anchas, planas y muy delgadas. Para que una pizarra sea de buena calidad, es decir que pueda resistir mucho tiempo á la acción del aire, es necesario que sea bien homogénea, de un color uniforme, de un grano fino y apretado, y sobre todo ha

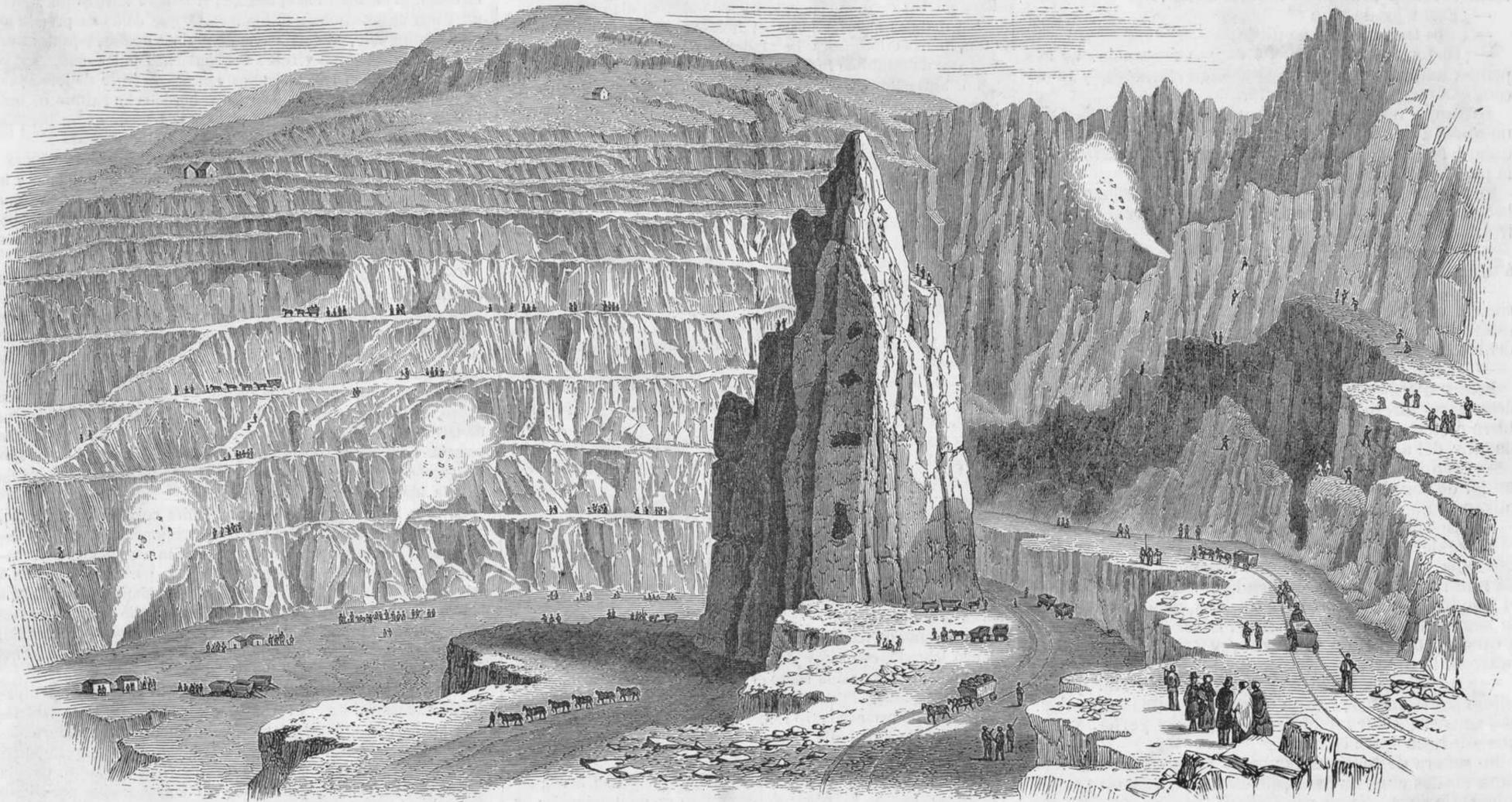
de ser sonora. Las pizarras se presentan bajo distintos colores: el verde, violeta (mas ó ménos intensos) y el azul oscuro que muchas veces pasa á negro. En las pizarras azules suelen hallarse manchas verdes. En Fumay, el color rojizo que es el matiz general, pasa algunas veces de un modo brusco al gris azulado, pudiendo observarse estos dos matices en cualquiera muestra por pequeña que sea.

La explotación de la pizarra á flor de tierra no presenta nada de extraño; pero es penosísima como la de cualquier otro mineral cuando ha de verificarse á grandes profundidades como sucede por lo comun en Francia y en el país de Gales. Dirémos algo de estos trabajos con relacion al dibujo que hoy ofrecemos á nuestros lectores.

A diez kilómetros de distancia de Bangor, á la salida del valle de Nautfraecon, en el país de Gales, se encuentra la cantera de pizarra de Penrhyn, pertenencia del coronel Douglas Pennaut, miembro del parlamento inglés. Esta cantera, descubierta bajo el reinado de Isabel, no fué casi explotada hasta 1782. En esta época,

lord Penrhyn llevó á ella cerca de 600 trabajadores; pero la producción se paralizó algo en 1798 á consecuencia de la guerra con la Francia y de un impuesto que se estableció sobre los embarcos de pizarra. Los trabajadores quedaron reducidos á ciento veinte. Hoy esta misma cantera ocupa dos mil doscientos hombres que sacan diariamente cien metros cúbicos de pizarra, materia tres veces mas pesada que el agua.

La explotación tiene lugar á cielo descubierto. La cantera presenta el aspecto de un semicírculo que tiene 320 metros de ancho y 900 de longitud. La extracción se verifica por escalones; pero estos tienen de 15 á 20 metros de altura, y la altura total de los once pisos de que se compone la cantera viene á ser sobre poco mas ó ménos de 200 metros. Figúrense Vds. un vasto anfiteatro como el que representa nuestro grabado, socabado por las manos del hombre y desde cuya mayor elevación la mirada descende con espanto hasta la profundidad de 600 piés, paseándose sobre una superficie de veinte á treinta mil metros cuadrados. Debajo de este circo y sobre cada piso se agita una población entera



Pizarral de Penrhyn, en el país de Gales.

con sus caballos, sus carruajes, verdadero hormigueo humano cuyo color se confunde con la esquistosa pizarrosa y que puede distinguirse solo por su animación en medio de esta naturaleza inanimada. A la vista de todo esto cualquiera dirá que goza del espectáculo mas grandioso que el hombre puede contemplar, y el alma se sentirá conmovida por emociones que la elevan hasta la creación.

Se ve por el dibujo que cada piso tiene su camino de hierro especial cuya extensión es de unos 29 kilómetros para toda la cantera. En la parte anterior podrá notarse esa inmensa roca que se dirige al cielo. Hacia los primeros tiempos de la explotación, esta roca era el pilar de un puente que reunía los dos lados de la cantera y que desapareció bien pronto. Hoy, á medida que los trabajos avanzan, la base de este pilar se ensancha y aumenta su elevación, testigo impasible de los progresos de la industria. Seiscientos vagones, cada uno de los cuales carga de 8 á 900 kilogramos, sirven para el transporte de las primeras materias; otros 600 vagones

se emplean en el transporte de los productos fabricados. La extracción se hace por medio de la mina que gasta sobre 4,000 kilogramos de pólvora al mes. De hora en hora se oye el toque de una trompeta anunciando que se va á poner fuego á las minas, escuchando á poco rato de treinta á cincuenta detonaciones, y un segundo toque de trompeta llama á los trabajadores. Esta cantera posee un camino especial de 10 kilómetros para ir al puerto de Penrhyn donde hay continuamente cuarenta ó cincuenta buques esperando la pizarra que llevan los vagones.

La montaña donde se halla esta cantera tiene de 8 á 10 kilómetros de profundidad, teniendo al lado opuesto otra explotación ménos importante donde sin embargo se emplean 1,000 trabajadores. La potencia reconocida de la cantera Penrhyn es aun de 4 á 5 kilómetros penetrando en la montaña. Esta inmensa explotación da, además de la pizarra empleada para cubrir las casas, trozos de una hermosura particular. Su producto viene á ser de unas cien mil libras esterlinas anuales.

La Francia posee en Chattemone una cantera parecida á la de Penrhyn. Las pizarras de esta cantera tienen tanta estimación como las inglesas: se parten fácilmente y sin embargo son bastante compactas para que se las pueda emplear en las aceras, en los pasillos de las escaleras, en los vestíbulos, pavimentos de las tiendas, sepulcros, mesas, billares, etc. Las pizarras inglesas tienen mas duración; las de Ardenes duran próximamente un siglo, y las de Angers de veinte á treinta años.

La producción de los pizarrales de Angers que dan trabajo á 3,000 obreros, es de unos 130 millones de pizarras, que valen cerca de dos millones de francos anuales.

En Ardenes, las canteras de Deville y de Monthermé fabrican anualmente 25,685,000 pizarras. Rimogne 46,700,000, y Fumay 52,644,000, lo que da un total de 135,029,000 pizarras. Estas se trasportan generalmente á la Holanda y á la Alemania.

P. T.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresión sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.	\$ 15 . . .
— el interior de la ISLA DE CUBA.	\$ 15 . . .	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.	\$ 16 . . .
— PUERTO RICO (San Juan).	\$ 12 50 macq.	Un número suelto.	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO.	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME.	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.	\$ 12 75 . . .	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).	\$ 14 . . .	Un número suelto.	3 1/2 rs. fs.